IMPRIMIR

ESTE ES MI PUEBLO

ALBERT EINSTEIN

Editado por
el**aleph**.com

AL LECTOR

Aparecen aquí reunidos varios trabajos del célebre físico, referentes a temas que nada tienen que ver con sus teorías científicas, y sí en cambio, con su manera de ver al mundo de los hombres y su destino histórico. La primera parte, reúne varias publicaciones en torno al tema del Judaísmo, que implica también abordar su toma de conciencia del ser judío a nivel personal, y a nivel social. Los otros escritos están referidos a diversas circunstancias que vivió el mundo europeo a partir de la segunda guerra mundial, su correlación con el pueblo judío, y el registro personal que en cada ocasión dio a conocer el propio Einstein.

Sus reflexiones son de una meridiana claridad, indicadoras de un espíritu imbuido de una intensa religiosidad, precisamente por la medida de su percepción del concierto de la creación. Pero es la suya una religiosidad que para nada se relaciona con el dogma, sino que abre fronteras y prejuicios, de modo que sus instancias son profundamente éticas y universales. El pueblo judío es visto por Einstein como el artífice de la santidad de la vida y el encargado de mostrarla y proyectarla al resto de la humanidad. Tal es su mensaje social, que extiende a la aspiración hacia un mundo mejor, en el que la paz y la igualdad entre los hombres consigan religarlos en la verdadera dimensión de su humanidad.

El interés de estos textos está signado en primer lugar por el hecho de corresponder a un teórico de la física que revolucionó el mundo contemporáneo, y en segundo lugar, porque pertenecen u un espíritu filosófico que nos ofrece un sistema de pensamiento basado en una interesa percepción ética de los valores humanos, en cuya defensa estuvo siempre alerta.

INTRODUCCIÓN

Introducción de L. INFELD

El filósofo y el hombre

Einstein es considerado no sólo un gran hombre sino además un gran filósofo. Él también se considera un filósofo. A menudo me ha dicho: "soy más filósofo que físico". Hace unos años asistí en Praga a una conferencia del profesor Sommerfeld en la Asociación Física. Dijo ante un numeroso auditorio: "Pregunté a Einstein, a quien considero el más grande filósofo viviente: ¿existe una realidad fuera de nosotros? Y Einstein respondió: sí, creo en su existencia".

Decir que Einstein es un filósofo no es suficiente. La afirmación puede inducir a error, porque la palabra filosofía es empleada a menudo en dos significados diferentes, por lo menos. En primer lugar se aplica a la filosofía especulativa, que fue la única filosofía hasta el siglo XIX, y su historia está vinculada a nombres como Kant, Hegel y Bergson. Esta filosofía tiene que ver muy poco, o nada, con Einstein. Se funda en la convicción de que algunos interrogantes acerca de la existencia y naturaleza de nuestro mundo externo no son insensatos, que tiene sentido hablar acerca del ser y del no ser, o de que algunos juicios son "sintéticos a priori". Estos filósofos emplean largas palabras para discutir la intuición, la imaginación, la cosa en sí, tratando de expresar en palabras el mundo inexpresable de las experiencias y creencias.

Pero existe también otro significado de la palabra filosofía, aceptado por la escuela de filósofos modernos conocidos bajo el nombre de positivistas lógicos, o empiristas lógicos. De acuerdo con esta escuela, la filosofía no es una ciencia en sí, sino una actividad de clarificación, y no existen los problemas puramente filosóficos. O corresponden a otras regiones del pensamiento humano, o carecen de sentido. La filosofía tradicional, es decir, la filosofía especulativa, trataba en tiempos

de antaño esos problemas que más tarde fueron absorbidos por la ciencia, por la física, las matemáticas, la biología, la psicología.

Para el positivista lógico, un filósofo en su significado moderno es un hombre a quien interesan las bases de nuestro conocimiento, la clarificación de sus conceptos fundamentales.

Sólo en este sentido puede Einstein ser llamado filósofo, y desde este punto de vista es uno de los más grandes que hayan existido jamás. Problemas sobre los cuales los filósofos habían especulado vanamente, problemas del tiempo, el espacio y la geometría, fueron absorbidos dentro del campo de la física en virtud de la obra de Einstein. Los fundamentos de la física se hicieron más claros; fueron descartados conceptos sin sentido como el del éter y de un sistema inercial de coordenadas. La física se hizo más racional, y fueron puestas al descubierto las especulaciones filosóficas vacías. En este sentido la obra de Einstein corresponde a la filosofía, y en este sentido difícilmente pueda señalarse una línea definida de demarcación entre la física y la filosofía.

Einstein considera todos los conceptos físicos come creaciones libres de la mente humana. La ciencia es una creación de la mente humana, una libre invención. Esta libertad sólo está restringida por nuestro deseo de disponer cala vez mejor la creciente riqueza de nuestras experiencias en un esquema más y más satisfactorio según los principios de la lógica. Este esfuerzo dramático por comprender parece proseguir eternamente. La historia de la ciencia nos enseña que, si bien por medio del progreso revolucionario podemos resolver nuestras antiguas dificultades, a la larga, siempre creamos otras nuevas. Avanzamos desde la complejidad hacia la simplicidad en virtud de nuevas e inesperadas ideas. Luego él proceso evolutivo vuelve a empezar, y conduce a nuevas dificultades y nuevas contradicciones. De esta manera vemos en la historia de la ciencia una cadena de revoluciones y evoluciones. ¡Pero no hay retrocesos! Como si viajáramos en espiral, alcanzamos niveles cada vez más altos de comprensión, mediante los pasos consecutivos de los cambios revolucionarios y evolutivos.

¿Qué es lo que expresa nuestra ciencia? ¿Es la estructura de nuestro mundo externo? ¿Existe un mundo externo? El idealista diría: "No, el mundo externo irradia de mi mente". El realista diría: "Sí, un mundo externo existe". El positivista lógico afirmaría: "La pregunta no tiene sentido, y me niego a responder a preguntas insensatas". ¿Cuál sería la respuesta de Einstein? No necesitamos conjeturarla, porque la tenemos en sus propias palabras. En su ensayo El mundo tal como lo veo Einstein; escribió en 1929:

"Lo más hermoso que podemos experimentar es el misterio. Es la fuente de todo arte y toda ciencia de verdad. Aquel para quien esta emoción es desconocida, aquel que ya es incapaz de detenerse para maravillarse y sentirse transportado por un sentimiento reverente, vale tanto como un muerto: sus ojos están cerrados. Esta vislumbre del misterio de la vida, bien que unida al temor, ha dado también origen a la religión. El saber que lo que es impenetrable para nosotros realmente existe, manifestándose como la más alta sabiduría y la más radiante belleza, que nuestros torpes sentidos sólo pueden captar en sus formas más primitivas: este conocimiento, este sentimiento, está en el centro de la verdadera religiosidad. En este sentido, y sólo en este sentido, pertenezco a las filas de los hombres devotamente religiosos."

Einstein tiene clara noción de que desde el punto de vista puramente racional la oración "lo que es impenetrable para nosotros realmente existe", carece de sentido. Pero esa afirmación adquiere sentido si se la eleva del nivel racional de las creencias y convicciones al nivel emocional de las experiencias y los sentimientos religiosos. Es imposible hablar racionalmente en este plano, y todo lo que puedo hacer es citar las palabras de Einstein. Representan, por cierto, las creencias religiosas de Einstein, que tienen alguna afinidad con las de Spinoza.

Einstein influyó sobre nuestro mundo contemporáneo en virtud de su doctrina, su pensamiento y su palabra escrita. No nació para hombre de acción. Con todo, dudo que haya en la historia de la ciencia algún otro hombre que haya excitado tanto la imaginación de la gente en el mundo entero como lo hizo Einstein. Si queremos tener una imagen

completa de la influencia de Einstein en nuestro mundo, no debemos omitir la que ejerciera como hombre.

Einstein nació el 14 de marzo de 1879, en Alemania, nueve años después de que Bismarck derrotó a Francia y unificó a su país, nueve años después de la Comuna francesa. Vivió durante el florecimiento del imperialismo germano y durante su derrota. Lo vio florecer nuevamente y luego ser derrotado una vez más.

¿Cuál es la importancia del relato de la vida de Einstein para comprender a Einstein? Se han escrito libros acerca del genio. Se han hecho discusiones interminables para decidir en qué grado un genio se forma por la herencia o por el medio. Aunque no conozco la literatura sobre este tema, me inclino a pensar que el problema en gran medida carece de sentido. Aun cuando fuera posible distinguir entre herencia y ambiente, no veo cómo puede ser aplicada a un genio una regla cualquiera. Me parece igualmente tonto tratar de dar una definición del genio. El genio es un fenómeno rarísimo. Se caracteriza justamente por el hecho de que escapa a la clasificación. No existe ningún otro denominador común para el genio. Este es, tal como lo veo yo, su único rasgo característico. Para ser más preciso: he trabajado durante unos pocos años con Einstein, y durante ese tiempo tuve la experiencia inolvidable de observarlo y admirarlo. Creo que lo conozco y lo comprendo tan bien como cualquiera. Durante otros cuatro años, a través de las páginas de la historia, estudié y traté de comprender la obra de otro genio, Evariste Galois. Cualquiera fuera la definición del genio, hay pocas dudas de que tanto Galois como Einstein serían considerados por todo científico como genios. Sin embargo, parecen tan diferentes como pueden serlo dos hombres entre sí. En la trágica vida de Galois vemos las fuertes ataduras con que estuvo amarrado a la sociedad en cuyo seno vivió. Fue atrapado como por una telaraña mortal de la cual no había escapatoria. Sufrió el impacto del mundo exterior, su injusticia; sangró su corazón y su vida se quemó rápidamente. ¡Cuán diferente de él es Einstein! Su corazón jamás sangra, y marcha por la vida con un suave deleite y una indiferencia emocional. Para Einstein, la vida es un interesante espectáculo que contempla con sólo discreto interés, sin

que lo desgarren jamás las emociones del amor o del odio. Es un espectador objetivo de la locura humana, y los sentimientos no dañan sus juicios. Su interés es intelectual y cuando toma partido (¡y lo hace!) se puede confiar en él más que en cualquiera, en razón de que en su decisión el "yo" no está implicado. La gran intensidad del pensamiento de Einstein se proyecta hacia el exterior, hacia el mundo de los fenómenos. Nadie expresó con más claridad este apartamiento con respecto al mundo de los asuntos humanos, que el mismo Einstein en El mundo tal como lo veo:

"Mi apasionado interés por la justicia social y la responsabilidad social ha estado siempre en curioso contraste con una marcada falta del deseo de asociación directa con hombres y mujeres." "Soy caballo para un solo recado, no estoy hecho para el tándem ni el trabajo en equipo. Nunca he pertenecido de todo corazón a un país o un Estado, a mi círculo de amigos, o siquiera a mi propia familia. Estos vínculos siempre han estado acompañados de un vago apartamiento, y el deseo de encerrarme dentro de mí mismo aumenta con los años.

"Ese aislamiento resulta a veces amargo, pero no lamento estar separado de la comprensión y la simpatía de los otros hombres. Sin duda que pierdo algo por ello, pero me compensa de ello el hecho de volverme independiente de las costumbres, las opiniones y los prejuicios de los demás, y no siento la tentación de afirmar la paz de mi espíritu sobre bases tan cambiantes."

Por consiguiente, el escenario exterior de la vida de Einstein tiene poca importancia.

Debe de haber sido tímido y retraído cuando niño. Su capacidad de asombro debe de haber aparecido tempranamente. En los recuerdos de Einstein, la mayor impresión que le quedó en la niñez fue la observación de una aguja magnética. Este es el hecho que con tanta frecuencia recuerda cuando habla de sus primeros años. No fue excepcionalmente brillante como estudiante, ni en la escuela secundaria ni en la universidad. Si no supiera esto por boca de Einstein, podría haberlo deducido con facilidad por mí mismo. El rasgo más característico de su obra es la originalidad y la obstinación, la capacidad de reco-

rrer un camino solitario durante años y años, no la capacidad de estudio, sino la del pensamiento y la comprensión. Las escuelas y universidades de todo el mundo premian al hombre que puede marchar fácilmente por un camino trillado. El que sabe tiene una ventaja sobre el que cavila.

Cuando niño y cuando joven anhelaba que lo dejaran solo. La vida ideal era, para él, la menos perturbada por las interferencias del mundo exterior. Fue relativamente feliz en Suiza en razón de que ahí se permite a los hombres vivir en soledad y se respeta la vida privada. Los resultados de sus meditaciones, que comenzaron a los dieciséis años, fueron publicados en 1905. Este fue el año en que aparecieron sus cuatro famosos artículos. Su fama entre los físicos se inició cuatro años después. Einstein me dijo que antes de cumplir los treinta años jamás había conocido un verdadero físico. En el caso de Einstein, esto fue una suerte. No hubo nadie que lo desalentara, aunque de todos modos dudo de que alguien pudiera haberlo logrado.

El resto es la historia del éxito creciente y la fama en ascenso. Para dar unos pocos datos: se graduó en la Escuela Politécnica de Zurich, en Suiza, en 1905, y luego trabajó en la Oficina de Patentes de Suiza. Cuatro años después de formulada la teoría especial de la relatividad fue designado profesor adjunto en la Universidad de Zurich; luego, en rápida sucesión, profesor titular en Praga y nuevamente profesor en Zurich. En 1913 pasó a ser miembro de la Academia de Ciencias de Prusia y se trasladó a Berlín. Ahí permaneció durante los diecisiete años siguientes. Desde 1933 ha vivido en Princeton, Nueva jersey. Se casó dos veces; una vez se divorció y otra enviudó.

Por supuesto, la fama creciente resultó fastidiosa para Einstein. Le quitó gran parte de su tiempo, pero no tuvo excesiva importancia en razón de que nada fue jamás importante para él, excepto la comprensión de los fenómenos de la naturaleza.

En 1921, cuando fui a estudiar a Berlín, vi con sorpresa el desdichado espectáculo que acompañaba a la fama de Einstein. Era todavía doce años antes de Hitler. Vi diarios conservadores con editoriales que atacaban la teoría de Einstein: "Si cree en su teoría, que conteste a

nuestros argumentos. Seremos justos y publicaremos su respuesta". Pude ver carteles que anunciaban conferencias contra la teoría de Einstein en una de las más grandes salas de concierto de Berlín. Tuve la curiosidad suficiente como para comprar una entrada y asistir al espectáculo. Era un programa en dos partes, con dos profesores como oradores. Un hombre de barbita y voz monótona leyó un manuscrito ante una sala repleta, explicando cuán disparatada era la teoría especial de la relatividad, con su paradoja de los mellizos, que era la más grande farsa en la historia de la ciencia, que la atención prestada a este tema era extraña al verdadero espíritu germano. En aquel tiempo todavía no era oportuno atacar a Einstein abiertamente en su condición de judío, y sin embargo esto se hizo, no una, sino centenares de veces en una forma más velada. En la superficie estaba en Alemania la República de Weimar, pero debajo de esta delgada y mísera superficie podían advertirse los comienzos del inminente torbellino.

Recuerdo, también, que durante el intervalo entre las dos conferencias consecutivas, todo el mundo miraba hacia el palco donde estaba sentado Einstein. No sé por qué había venido, pero parecía estar pasando un rato magnífico, sonreía ampliamente, prorrumpía en carcajadas, convertido en centro de la reunión por su sola presencia. Se desarrolló un espectáculo sorprendente. En todo el mundo se pronunciaron conferencias populares sobre la teoría de la relatividad. Incluso hubo dinero en ello. Una revista norteamericana -no recuerdo su nombre- anunció un premio de algunos millares de dólares para un artículo sobre la teoría de la relatividad que la explicara en tres mil palabras. Para estudiantes de un país con inflación, una suma semejante estaba casi más allá de toda imaginación. Ayudé a mi amigo en su participación, y en mi mísera habitación dimos los toques finales a un ensayo. Mientras contábamos las palabras, soñábamos con la lluvia de oro que la teoría de la relatividad y los EE.UU. nos brindarían. Pero no, no ganamos.

Cuando posteriormente volví a Polonia, encontré, para mi sorpresa, la misma atmósfera. La fama de la relatividad cruzaba las fronteras nacionales. Era tan amplia y apasionadamente debatida como lo es el

comunismo en la actualidad. Mi profesor de matemáticas, Zaremba -y por cierto que fue un matemático muy distinguido- dio una clase para graduados y muchas conferencias populares contra la teoría de la relatividad. Sostenía que ésta es incompatible con la definición de un cuerpo rígido. Un cuerpo rígido es un cuerpo que no se contrae. Por consiguiente, ¿cómo puede una vara rígida contraerse cuando está en movimiento? Por supuesto, era un argumento trivial, a pesar de que mi profesor lo expresó en lenguaje pesado y erudito. El hecho simple de que los mismos cuerpos que consideramos rígidos se comporten de manera diferente de acuerdo a la física clásica y a la teoría especial de la relatividad, no fue comprendido por el anciano profesor, ni yo me habría atrevido a explicárselo. Fue atacado de una manera muy brutal por otro profesor, también un matemático y astrónomo distinguido (su nombre era Bonachiewicz), quien llamó ciego a Zaremba y dijo que sus argumentos eran tontos. Lo que ocurrió en Cracovia, mi pequeña ciudad universitaria, es interesante sólo en razón de que hechos similares ocurrieron por todo el mundo. Las conferencias populares acerca de la teoría de la relatividad atraían grandes muchedumbres, y perplejos auditorios escuchaban los argumentos en favor y en contra. Incluso persuadieron a Einstein a que diera disertaciones públicas sobre la teoría de la relatividad. No fue un popularizador muy bueno de su propia doctrina, y sin embargo el público se sentía encantado de ver a Einstein y escuchar su agradable voz. Durante una de sus clases jugaba con una varilla que estaba sobre la mesa. Una dama preguntó a otra: ¿"Por qué no deja en paz la varilla?" Pero pronto se dio cuenta de qué se trataba. Cuando Einstein mostraba por medio de gestos cómo una varilla se mueve y se contrae, la aliviada dama susurró a su vecina: "No sabía que ésta es la varilla que se contrae".

Yo mismo me sentía dispuesto y deseoso de participar en tales discusiones, y sufría cuando no me invitaban a hacerlo. Un año después, en 1922, era profesor de una escuela secundaria en una pequeña ciudad polaca. La excitación de la teoría de la relatividad llegó incluso allí, y tuve la rara distinción de ser el único de ese pueblo que sabía algo acerca de la teoría de la relatividad. Di una serie de cuatro confe-

rencias, y hubo que ordenar a muchos que salieran de la sala, porque era imposible ubicar a todo el gentío. Después de una de mis disertaciones, uno de mis amigos observó agudamente: "Hubiera preferido mucho más escuchar una conferencia de Einstein acerca de Infeld".

Poco a poco los argumentos contra la teoría de la relatividad fueron apaciguándose. En la actualidad nadie duda de que los axiomas de la teoría especial y general de la relatividad son superiores a los de la física clásica. Puede dudarse de que la revolución sea lo bastante profunda, pero nadie que esté en su sano juicio creerá que es posible una retirada hacia la posición de la física clásica. Incluso después, cuando Hitler llegó al poder, aún siguieron imprimiéndose en Alemania trabajos sobre la teoría de la relatividad. Esto era considerado correcto, en tanto se omitiera el nombre del creador de la teoría de la relatividad.

Incluso cuando se comprende por qué la fama de Einstein comenzó bruscamente, no se advierte con tanta facilidad por qué perdura aún. Hay diferentes razones. Creo que una es que algunos de los Herren Profecforen lo combatieron un poco demasiado encarnizadamente como para que ellos mismos resultaran beneficiados. La otra razón es que la personalidad de Einstein presenta atrayentes matices. Se advierte esto cuando se mira alguna de sus fotografías. Si Einstein entrara a un salón donde se celebra una reunión y se lo presentaran a usted como el señor Einstein de quien usted no tenía ninguna noticia, quedaría fascinado por el brillo de sus ojos, por su recato y delicadeza, por su delicioso sentido del humor, por el hecho de que puede convertir una trivialidad en sabiduría, y porque todo lo que pudiera decir sería el producto de su propia mente, no influido por el griterío del mundo exterior. Uno siente que se encuentra frente a un hombre que piensa por sí mismo. Ha ejercido su influencia sobre millones de personas, pero, en un sentido más profundo, nadie puede influir sobre él.

Durante la primera guerra mundial, y posteriormente, se vio a Einstein entrar en la arena política, o más bien ser empujado hacia ésta. Toma partido. Siente desprecio por la violencia, la bravuconería, la agresión, la injusticia. Creo que "desprecio" es la palabra justa. Sería erróneo emplear en su lugar la palabra "odio". Es siempre bondadoso,

y en virtud del fuerte impacto del mundo exterior aprende los gestos necesarios para demostrar interés y ocultar su íntimo alejamiento. Su apariencia ayuda. Su notable rostro de gran artista o profeta, sus ojos que parecen irradiar, pueden inducir a engaño cuando se habla con Einstein. Su radiación se dirige allá lejos, hacia el mundo y las leyes que lo gobiernan, y no hacia los problemas personales del interlocutor. Sin embargo, firmará gustoso una carta de recomendación, con una aguda observación y una sonora carcajada, mientras no tenga una prueba definida de que se trata de un pícaro o un incapaz. Cree en lo que se le dice porque es bondadoso, porque quiere serlo, y porque es mucho más sencillo creer que desconfiar. Se puede pensar que es posible convencer a Einstein de cualquier cosa, pero se volverá empecinado e inflexible cuando advierte que está tratando con un fascista. Se tornará suspicaz si le traen un proyecto que parece beneficiarlo a él y no al que se lo presenta.

En 1914 se negó a firmar el Manifiesto de los científicos alemanes. Después de la segunda guerra mundial fue el primer científico alemán invitado a Francia.

Su más importante participación en las cuestiones mundiales se produjo en 1939. La historia de cómo los físicos trataron sin éxito de interesar a la Marina y al Ejército en el Proyecto Atómico está relatada en el informe Smyth, con sutiles reducciones y omisiones. Fue la famosa carta de Einstein a Roosevelt la que rompió la rigidez de la mentalidad militar. Einstein, que siente desprecio por la violencia y las guerras, es considerado el padre de la Bomba Atómica. Esto es así en razón de que la historia moderna del desarrollo de la energía atómica comienza con la relación de equivalencia de Einstein entre masa y energía. Esto es así también a causa de que la historia de la Bomba Atómica comienza con la carta de Einstein.

En estos tiempos oscuros, cuando el aire está calmado de vacías trivialidades, argumentos tontos, embustes de hombres minúsculos, resulta refrescante escuchar la voz clara que apela a la razón. Es la lejana conciencia del mundo que nos dice (Sólo entonces seremos libres):

"La ciencia ha puesto de manifiesto este peligro, pero el problema real está en las mentes y los corazones de los hombres. No cambiaremos los corazones de los otros hombres por medio de mecanismos, sino cambiando nuestros corazones y hablando con valor.

"Debemos ser generosos brindando al mundo el conocimiento que tenemos acerca de las fuerzas de la naturaleza, después de establecer resguardos contra el abuso.

"No debemos tener meramente la disposición, sino el afán activo de someternos a la autoridad valedera para todos, necesaria para la seguridad mundial.

"Debemos comprender que no podemos planear simultáneamente para la paz y para la guerra.

"Cuando tengamos claridad en el corazón y la mente, sólo entonces hallaremos el coraje necesario para remontar el miedo que acosa al mundo."

Al tratar de comprender por qué Einstein atrae la imaginación de tantos de sus semejantes, acude a mi mente una extraña comparación. En una aldea de la India hay un sabio y anciano santo. Está sentado bajo un árbol y nunca habla. La gente observa sus ojos dirigidos hacia el cielo. No conocen los pensamientos de ese anciano, porque siempre permanece silencioso. Pero se forman su propia imagen del santo, una representación que los conforta. Perciben una profunda sabiduría y bondad en sus ojos. Traen alimentos hasta el árbol donde está sentado el hombre, felices de que en virtud de este pequeño sacrificio puedan formar una comunión con los elevados pensamientos de su santo.

En nuestra civilización no tenemos aldeanos primitivos ni santos silenciosos y contemplativos. Sin embargo, vemos en nuestros diarios la figura de un hombre que no va a la peluquería, que no usa corbata ni medias, cuyos ojos parecen mirar apartados de las pequeñeces de nuestro mundo. No brega por la comodidad personal. Se preocupa poco por todas las cosas que tanto significan en nuestras vidas. Si habla en defensa de una causa, no lo hace por su gloria personal. Es alentador para nosotros saber que un hombre así aún existe, un hombre cuyos pensamientos están dirigidos hacia las estrellas. Le otorgamos la admi-

ración en virtud de que al admirarlo nos demostramos que también nosotros anhelamos las estrellas lejanas.

Einstein se ha convertido en un símbolo para muchos, un monumento que los hombres han construido, un símbolo que necesitan para su propia confortación.

Y quizás, en último análisis, estos hombres están en lo justo. Tal vez la real grandeza de Einstein reside en el hecho simple de que, si bien durante su vida ha estado observando las estrellas, también ha tratado, sin embargo, de contemplar a sus semejantes con bondad y compasión.

L. Infeld

MI PUEBLO

Los ideales judíos

Mein Weltbild (Mi visión del mundo), Amsterdam, 1934.

Tender hacia el conocimiento, hacia el saber por el saber mismo, hacia el amor a la justicia rayano en el fanatismo, y propender a la independencia personal, he ahí los motivos de la tradición judía que justifican mi pertenencia a ella, como un don especial del destino.

Aquellos que se rebelan contra los ideales de la razón, contra la libertad individual y quieren hacer triunfar por medio de la fuerza bruta y de la violencia la oprobiosa esclavitud del Estado, ven en nosotros, con justa razón, a sus adversarios irreconciliables. La historia nos ha impuesto una carga sumamente pesada: pero, mientras permanezcamos fieles servidores de la verdad, de la justicia y de la libertad, no sólo subsistiremos como el más viejo de los pueblos existentes, sino que también seguiremos -como hasta ahora y con un constante trabajo productivo- creando valores que contribuyen al ennoblecimiento de la humanidad.

¿Existe una cosmovisión judía?

Mein Weltbild (Mi visión del mundo), Amsterdam, 1934.

Según mi opinión, no existe ninguna cosmovisión judía en el sentido filosófico de la palabra. El judaísmo me parece casi exclusivamente una posición, una actitud moral con respecto a la vida. Creo que es más bien el resumen de los conceptos de la vida, encarnados en el pueblo judío, que el contenido de los preceptos y leyes expuestos en el

Pentateuco e interpretados en el Talmud. Los dos constituyen para mí los más importantes testimonios para el gobierno de la concepción judía del mundo, en los tiempos antiguos.

La esencia del concepto judío, según mi parecer, es la siguiente: la afirmación de la vida en todos los seres. La vida de cada individuo sólo tiene sentido si está al servicio del embellecimiento y la nobleza de todo lo existente. La vida es sagrada, esto significa que es el supremo valor, del que dependen todos los demás. La santificación de la vida supraindividual trae consigo la estimación suprema de todo lo espiritual -todo ello constituye un rasgo especialmente característico de la tradición judía.

El judaísmo no es un dogma frío. El dios judío es sólo la negación de la superstición, un resultado imaginario de su eliminación. Es también una tentativa de fundar sobre el miedo una ley moral, que no deja de ser una tentativa lamentable y deshonrosa. Sin embargo, me parece que la profunda tradición moral del pueblo judío se emancipó en una medida muy considerable de ese temor. También es claro que el "servir a Dios" fue equiparado con el "servir a los seres vivientes". A favor de esto han luchado incansablemente los mejores espíritus entre el pueblo judío, en especial los profetas y Jesucristo.

Resulta así que el judaísmo no representa ninguna religión de carácter trascendente: se relaciona sólo con la vida que vivimos, palpable en cierto modo, y no aspira a otro fin. Por ello me resulta dudoso que pueda llamársele "religión", en el sentido corriente de la palabra, puesto que del judío no se requiere ninguna "creencia", sino la santificación de la vida, en el sentido suprapersonal.

Pero aún hay algo más en la tradición judía, que se manifiesta en algunos de los salmos. Es una alegría embriagadora, la admiración de la belleza y de la sublimidad de este mundo, del que el hombre sólo puede percibir una ligera imagen. Es el sentimiento del que extrae su fuerza espiritual la verdadera investigación científica, que también parece poder exteriorizarse en el cantar de los pájaros. Y en este sentido, el vínculo con la idea de Dios sólo se manifiesta como un candor infantil.

¿Es característico del judaísmo todo lo que acabamos de exponer? ¿Vive también en algún otro pueblo, bajo distinto nombre? En forma pura no vive en ninguna parte, ni en el judaísmo, donde el exagerado culto de la letra ha eclipsado y oscurecido la doctrina original. Pero, no obstante, yo veo en el judaísmo una de sus más vívidas y más puras realizaciones. Y ello es especialmente válido para la base de esta cosmovisión, que reside en la santificación de la vida.

Es característico que en el precepto de guardar asueto y santificar el día sábado, fueron incluidos también, de manera expresa, los animales de trabajo: hasta tal punto se sentía como un ideal la exigencia y la necesidad de solidaridad entre todos los seres vivientes. Más fuerte aún es la expresión del requerimiento de solidaridad de todos los hombres, y no es mera casualidad que las reivindicaciones socialistas hayan sido planteadas, en su mayor parte, por judíos.

Pero, hasta qué grado se eleva la conciencia de la santidad de la vida en el pueblo judío, se pone de manifiesto de manera muy hermosa en una pequeña frase que pronunció Waher Rathenau durante una conversación que sostuvimos los dos: "Cuando un judío dice que va por placer a una partida de caza, no le crea: es mentira". Es imposible dar una expresión más sencilla del concepto de la santidad de la vida, que la que vive el pueblo judío.

La juventud judía

(Contestación a una encuesta)

Es de importancia que la juventud tome interés por las cuestiones y preocupaciones judías; y es muy meritorio que usted trate este problema en las columnas de su periódico. Ello no solamente es significativo para la suerte del pueblo judío relegado a la armonía interior y a la ayuda recíproca y mutua, sino, más allá de esto, para el estímulo del espíritu internacional amenazado en todas partes por el nacionalismo desalmado y mezquino. En ello reside, ya desde los tiempos de los profetas, una de las más fecundas posibilidades de actuar y obrar de

nuestro pueblo, diseminado por toda la faz de la tierra, pero unido por tradiciones comunes.

Alocuciones sobre la obra de reconstrucción en Palestina

Estos discursos, separados por números romanos, pertenecen a diversas épocas de la actividad de Einstein y pueden situarse entre 1921 y 1932. Están relacionados con sus viajes a los EE.UU. Dan prueba asimismo de su creciente adhesión a la causa sionista y al propósito de ayudar a recoger fondos para la colectividad judía y el sostenimiento de la Universidad hebrea de Jerusalén fundada en 1918.

I)

Cuando hace diez años tuve el placer de llegarme a ustedes por primera vez, con el fin de fomentar y propugnar las ideas y pensamientos sionistas, casi todo estaba cifrado en el porvenir.

Hoy podemos mirar can alegría hacia atrás, a los diez años transcurridos; pues las fuerzas unidas del pueblo judío han realizado en Palestina, en ese lapso, una espléndida obra constructiva, rica en resultados: quizá mucho más que lo que nos atrevíamos a esperar entonces.

También hemos superado con éxito la ardua prueba que nos impusieran los acontecimientos de los últimos años. El trabajo sin desfallecimientos, guiado hacia un noble objetivo, conduce lenta, pero seguramente al triunfo. Las últimas manifestaciones del gobierno inglés significan un retorno hacia una consideración más justa de nuestra causa, y ello tenemos que reconocerlo con gratitud.

Mas nunca debemos olvidar lo que esta crisis nos ha enseñado: el restablecimiento de la cooperación satisfactoria entre judíos y árabes, no es el problema de Inglaterra, sino nuestro problema. Nosotros, esto es, judíos y árabes, debemos unirnos y llegar a una comprensión recíproca en cuanto a las necesidades de los dos pueblos, en lo que atañe a las directivas satisfactorias para una convivencia provechosa. Una solución justiciera y digna de los dos pueblos significa para nosotros un objetivo no menos importante y hermoso que el mismo fomento del trabajo reconstructivo. Pensemos que Suiza representa un grado de desarrollo político superior al de cualquier otro Estado nacional, precisamente por la razón de los grandes problemas civiles, cuya solución tiene como condición previa la constitución estable de una comunidad formada sobre la base de varios grupos nacionales.

Mucho hay que hacer aún, pero una de las ideas ansiadas po Hertzl ya está cumplida: el trabajo en Palestina ha proporcionado al pueblo judío la posibilidad de adquirir una insospechada solidaridad, fomentando al mismo tiempo el optimismo necesario a todo organismo para llevar una vida sana. Esto es evidente para cualquiera.

Cuanto hacemos en favor de la obra común, no lo ofrendamos solamente a nuestros hermanos en Palestina, sino que es para el bienestar y dignidad de todo el pueblo judío.

II)

Nos hemos congregado hoy para recordar a la antigua comunidad milenaria, su destino y sus problemas. La nuestra es una comunidad de tradición moral, que supo demostrar y evidenciar su capacidad vital y su fortaleza en los años de penurias. De la misma surgieron, en todos los tiempos, varones que encarnaron la conciencia del mundo occidental, defensores de la dignidad humana y de la justicia.

Mientras esta comunidad se halle arraigada en nuestros corazones, subsistirá en beneficio de la humanidad, no obstante carecer de una organización completa. Hace algunas décadas, surgieron ciertos hombres excepcionales, entre ellos especialmente el inolvidable Hertzl, quienes concibieron la idea de que nos faltaba un centro espiritual para

mantener enhiesto el sentimiento de solidaridad en los tiempos de angustia y malestar. Fue así que nació y prosperó la idea sionista y la obra colonizadora en Palestina, cuya realización proficua hemos llegado a presenciar, por lo menos en sus promisores comienzos.

Con honda satisfacción e intensa alegría he logrado ver en vida que esta obra ha aportado mucho para el restablecimiento del pueblo judío, el que, en su calidad de minoría entre otras naciones, está no solamente expuesto a dificultades exteriores, sino a peligros de carácter interno, psicológicamente fundados.

La crisis por la que debió pasar la obra de reconstrucción en los últimos años, nos abrumó en exceso, y aun hoy no ha sido superada del todo. No obstante, las noticias recientes informan que el mundo, y en especial el gobierno inglés, se halla inclinado a reconocer los altos valores que se ponen de manifiesto en nuestra tendencia hacia el fin sionista. En este momento, recordamos con gratitud a nuestro conductor Weizmann, quien con tanta dedicación y generosidad colaboró y ayudó para el éxito de la buena causa.

Las graves situaciones por las que hemos pasado, también trajeron consecuencias beneficiosas. Nos han probado nuevamente cuán fuerte es el vínculo del destino que une a los judíos de todos los países. Pero, al mismo tiempo, esa crisis ha purificado nuestra postura con respecto al problema palestinense, eliminando las escorias de la concepción nacionalista. Se dijo con claridad que nuestro objetivo no era crear una comunidad política, sino que el fin era sobre todo cultural, en absoluta correspondencia con la antigua tradición del judaísmo.

Es desde ese punto de vista que corresponde resolver el problema de la convivencia con el hermano pueblo árabe, en una forma noble, sincera y digna. Es allí donde tendremos la oportunidad de enseñar lo que hemos aprendido durante los milenios de nuestro martirio tan horrendo y cruel. Si seguimos el verdadero camino, lograremos éxito y daremos un magnífico ejemplo a los demás pueblos.

Lo que hacemos en Palestina es para la dignidad y el bienestar de todo el pueblo judío.

III)

Es para mí gran complacencia tener la oportunidad de dirigir algunas palabras a la juventud de este país, fiel a los objetivos comunes de la judeidad. No os descorazonéis ante las dificultades que debemos afrontar en Palestina. Esta clase de tropiezos constituyen pruebas para el deseo de vivir de nuestra comunidad.

Se ha hecho objeto de crítica, y con justa razón, a ciertas medidas y declaraciones de la administración inglesa. Pero no hemos de contentarnos con ello, sino que tenemos que ir aprendiendo la lección de los acontecimientos y aprovechar esa experiencia.

Debemos prestar gran atención a nuestras relaciones para con el pueblo árabe. Mediante el fomento de las mismas, estaremos en condiciones de impedir que en el futuro se vayan formando tensiones peligrosas, de tal índole que puedan conducir al abuso y a la provocación de actos hostiles. Podemos muy bien alcanzar este fin porque nuestra obra constructiva está dirigida, y así debe ser, de tal manera que servirá también a los verdaderos intereses del pueblo árabe.

De este modo podremos lograr no caer con tanta frecuencia en una situación poco grata, tanto para los árabes como para los judíos, ni tener que acudir a la potencia mandataria como árbitro. Y así obedeceremos no sólo al mandamiento de la Providencia, sino también a nuestras tradiciones que confieren sentido y sensatez a la colectividad judía. Esta comunidad no tiene carácter político, ni jamás debería tenerlo, sino que debe basarse exclusivamente en una tradición moral; y sólo de esta fuente puede aquélla extraer nuevas energías, como el único ámbito dentro del cual se justifica la existencia de nuestro pueblo.

IV)

Hace dos mil años que el pasado constituye el patrimonio del pueblo judío. Nada fue tan común en nuestro pueblo disperso sobre la faz del mundo, como la tradición cuidadosamente conservada. Cierto es que algunos judíos aislados crearon grandes valores culturales, pero parecía que el pueblo judío, como conjunto total, ya carecía de fuerza para una obra colectiva.

Ahora las cosas han cambiado. La historia nos ha indicado el modo de resolver un problema grande y noble bajo la forma de activa colaboración para la reconstrucción de Palestina. Eminentes connacionales trabajan ya con todas sus fuerzas para el logro de este fin. Se nos ha ofrecido la oportunidad de erigir obras culturales de tal índole que todo el pueblo judío puede considerarlas como su propia tarea. Alentamos la esperanza de crear en Palestina un hogar para nuestra propia cultura nacional, la que ha de contribuir al despertar de todo el Cercano Oriente a una nueva vida económica y espiritual.

El fin, la meta que persiguen los dirigentes del sionismo, no es político, sino social y cultural. La vida comunal de Palestina tiene que acercarse al ideal social de nuestras antepasados, tal como se la expone en la Biblia; y al mismo tiempo debe convertirse en el asiento de la vida intelectual moderna, en el centro espiritual para los judíos de todo el mundo. En correspondencia con este concepto, la fundación de una Universidad judía en Jerusalén, constituye uno de los objetivos más importantes de las organizaciones sionistas.

Estuve en los últimos meses en América con el fin de ayudar a crear allí la base material para esa Universidad, y el éxito de la empresa que perseguimos fue natural. Gracias a la incansable actividad y al destacado espíritu de sacrificio evidenciado por los médicos judíos de EE.UU., hemos logrado reunir suficientes medios materiales para la fundación de una Facultad de Medicina, y se puede afirmar que inmediatamente han de comenzar los trabajos preparatorios para hacer de ella una realidad.

Con los resultados obtenidos hasta ahora, ya no me cabe duda alguna que también los medios necesarios para las demás Facultades podrán ser reunidos en poco tiempo. La Facultad de Medicina será, por supuesto, transformada en breve en un Instituto de Investigaciones, ocupándose activamente del saneamiento del país, trabajo muy importante para la obra de reconstrucción. En cuanto a la enseñanza en gran escala, ella adquirirá relevancia un poco más tarde. Y, en vista que se ha encontrado una serie de investigadores activos, competentes y listos

para responder y seguir el llamado de la Universidad, parece completamente asegurada la instalación rápida de dicha Facultad de Medicina.

He notado también que fue creado un fondo especial para la Universidad, completamente separado del fondo general destinado a la reconstrucción del país. Gracias a la incansable actividad del Profesor Weizmann y de otros dirigentes sionistas en América, fueron reunidas considerables sumas de dinero durante los últimos meses, sobre todo debido a la buena voluntad y al espíritu de sacrificio de la clase media. Termino estas palabras con un cálido llamado dirigido a los judíos de Alemania, no obstante la grave situación del actual momento económico, para que aporten todo lo que puedan, sin escatimar esfuerzos, para la reconstrucción del Hogar judío en Palestina. No se trata aquí de un acto de beneficencia, sino de una empresa que toca de cerca a todos los judíos, y cuyo buen éxito promete a todos transformarse en motivo de las más nobles satisfacciones espirituales.

V)

Palestina no representa para los judíos una mera empresa de caridad, o una aventura colonial, sino un problema de importancia capital para nuestro pueblo. Palestina no es, en primer lugar, un refugio para los judíos del este europeo, sino una encarnación del siempre latente y heroico espíritu de comunidad nacional de todos los judíos.

¿Será ahora el instante propicio, o el momento necesario para despertar y fortificar ese sentimiento? Creo que debo contestar a esta pregunta, no sólo con una opinión espontánea, sino sobre la base de una razón irrebatible, con un rotundo e incondicional "sí".

Vamos a echar una ligera mirada retrospectiva a la evolución sufrida por los judíos alemanes durante los últimos cien años. Hace un siglo, nuestros antepasados vivían aún, salvo contadas excepciones, en el ghetto. Eran pobres, carecían de derechos políticos. Se hallaban separados de los gentiles por una valla de tradiciones religiosas, formas de vida mundanas y limitaciones jurídicas. Estaban circunscriptos, en su desarrollo espiritual, a su literatura propia, influenciada sólo débil y

relativamente por el poderoso resurgimiento que experimentara la vida espiritual europea a partir de la época del Renacimiento.

Pero aquellos hombres, oscuros y despreciados, que vivían tan modestamente, tenían una ventaja sobre nosotros: cada uno de ellos pertenecía con todas las fibras de su corazón a una comunidad en la que se desarrollaba por completo, donde se sentía miembro con iguales derechos que todos los demás, que nada exigía de él en cuanto a aquello que estuviera en pugna natural con su modo de pensar. Nuestros antepasados se hallaban entonces bastante angustiados espiritual y físicamente, pero en lo que se refiere a las relaciones sociales dentro de la comunidad, su equilibrio era digno de envidia.

Llegó luego la emancipación, que ofrendó repentinamente al individuo posibilidades insospechadas para su desenvolvimiento. Personas aisladas escalaron rápidamente altos puestos en los planos superiores, científicos y sociales, dentro de la sociedad; pues absorbieron ávidamente las profundas obras que crearan el arte y la ciencia de Occidente.

Con pasión ardiente, tomaron parte en este desarrollo, creando a la vez ellos mismos valores imperecederos. Para ello, se apropiaron de la forma exterior que había adoptado el mundo no judío; se apartaron en medida siempre creciente, de sus modalidades religiosas y sociales; se habituaron a las costumbres, formas y modo de pensar gentiles. Parecía como si se disolvieran sin dejar rastros en el seno de los pueblos dominantes, muy superiores numéricamente y mejor organizados política y culturalmente, de manera que nada de ellos quedaría perceptible en unas pocas generaciones. Resultaba inevitable el completo colapso de la nacionalidad judía en el oeste y en el centro de Europa.

Pero sobrevino algo distinto. Al parecer, existen instintos nacionales de distinta naturaleza que obran en contra de la mezcla y de la difusión. La adaptación de los judíos a los pueblos europeos entre los que vivían, en cuanto al idioma, costumbres y hasta en parte, a las formas religiosas, no ha podido extinguir la sensación, el sentimiento de diferencia que prevalece en ellos y los pueblos dominantes europeos, entre los que moraban. Y es precisamente a este sentimiento de

diferencia al que hay que reducir, en última instancia, el antisemitismo, que no se podrá suprimir del mundo mediante la propaganda y los tratados mejor intencionados. Las nacionalidades no quieren mezclarse, sino que cada una de ellas desea seguir su propio camino. Se puede conseguir un estado satisfactorio, sólo cuando cada una de ellas tolere y respete a las otras.

A ese estado de cosas pertenece, en primer término, la exigencia de que nosotros, los judíos, cobremos nuevamente plena conciencia de nuestro propio ser como nacionalidad y que reconquistemos el respeto perdido que necesitamos para una existencia cabal. Tenemos que volver a aprender a reconocer con orgullo a nuestros antepasados y nuestra historia y, ya en calidad del pueblo, tenemos que asumir y plantearnos ciertos problemas culturales, apropiados para fortalecer nuestra conciencia de comunidad.

No es suficiente que nosotros, en calidad de individuos aislados, participemos en el desarrollo cultural de la humanidad: tenemos que tomar en nuestras manos la solución de tales problemas, que sólo los conjuntos nacionales están en condiciones de resolver. Únicamente de esta manera puede vigorizarse, esto es, recuperar su salud física y moral, el judaísmo, la judeidad mundial.

Les ruego considerar el movimiento sionista desde este punto de vista. La historia acaba de plantearnos el problema de colaborar activamente para la reconstrucción económica y cultural de nuestro país de origen. El trabajo fue preparado por hombres inspirados y altamente dorados, y muchos de nuestros connacionales de alta jerarquía se hallan dispuestos a dedicarse al mismo por completo. ¡Ojalá cada uno de nosotros esté en condiciones de apreciar plenamente la importancia de esta obra y contribuir, de acuerdo con sus fuerzas, a la realización de este magnífico proyecto!

La comunidad judía

(Discurso pronunciado en Londres
en octubre de 1930)

Respetable asamblea:

No me resulta nada fácil vencer en mí la propensión a una vida de tranquila y apacible contemplación. Pero, así y todo, no he podido sustraerme al llamado de las sociedades ORT y OZE[1], pues éste, por decirlo así, constituye al mismo tiempo un llamado -al que yo respondo en la emergencia- formulado por nuestro pueblo, tan cruelmente oprimido.

La situación de nuestra comunidad diseminada por toda la faz de la tierra, es al mismo tiempo el barómetro de la norma moral en el mundo político. Porque, ¿qué puede ser más característico para el estado de moral política y el sentimiento de justicia, que la posición que adoptan las naciones contra una indefensa minoría, cuya particularidad sólo consiste en la observancia de una vieja tradición cultural?

Este barómetro está muy bajo en los tiempos actuales, y nosotros lo sentimos de manera sumamente dolorosa, en nuestro destino. Pero este mismo descenso del barómetro en cuestión me afirma más en la convicción de que es nuestro deber la conservación y la consolidación de estas dos sociedades. En la tradición del pueblo judío se halla profundamente arraigada una fuerte tendencia hacia la justicia y la razón, la que ha de servir a todos los demás pueblos, tanto en el presente, como en el futuro. De esta tradición surgieron, cada uno en su época, Spinoza y Carlos Marx.

El que quiera conservar el espíritu, ha de cuidar también el cuerpo al que aquél se halla ligado. La sociedad OZE está al servicio del cuerpo de nuestro pueblo, en el sentido literal de la palabra. Esta sociedad trabaja sin descanso hoy en la Europa Oriental, para conservar física-

[1] Iniciales de dos sociedades judías que propenden al bienestar de la juventud mediante la amplia difusión de las artes y oficios. (Nota del Traductor).

mente a nuestro pueblo que se halla en extremo oprimido en lo económico, mientras que la sociedad ORT piensa y trata de reparar los graves daños, sociales y económicos, que afectan al pueblo judío desde la Edad Media. Debido al hecho de que, en aquella época nefasta nos fuera cerrado el acceso a todos los oficios de producción inmediata, nos vimos impelidos hacia ocupaciones de carácter netamente mercantil. Al pueblo judío se le puede prestar ayuda eficaz en la Europa Oriental, sólo cuando se le dejen abiertas las posibilidades de nuevos oficios y profesiones, en las que se desenvuelvan y trabajen con el resto del mundo. Es éste el arduo y difícil problema, para resolver el cual trabaja con éxito la sociedad ORT.

Hacia vosotros, connacionales ingleses, va dirigido el presente llamado para que colaboréis en la obra tan ampliamente emprendida, creada por hombres excelentes y destacados. Los últimos años, aun los últimos días, nos han traído desilusiones, que precisamente han de tocaros muy de cerca. No os quejéis del destino, sino más bien ved en estos sucesos un motivo para ser y permanecer fieles a la causa de la comunidad judía. Estay firmemente convencido que de esta manera servimos indirectamente a los fines humanos generales, que siempre deben ser los más elevados para nosotros.

Pensad que las dificultades y los obstáculos resultan una valiosa fuente inspiradora para la fuerza y la salud de cualquier comunidad humana. No hubiéramos podido sobrevivir milenios en calidad de tal, de haber dormido sobre un lecho de rosas; estoy en absoluto persuadido de este hecho.

Nos cabe aún un consuelo más hermoso. Nuestros amigos no son precisamente muy numerosos, pero entre los mismos se hallan hombres de espíritu superior y de sentido de justicia, para los que el ennoblecimiento de la comunidad humana y la emancipación del individuo de la opresión denigrante constituyen un problema vital.

Podemos considerarnos felices de contar en estos momentos entre nosotros a hombres que no pertenecen a la colectividad judía, los que comunican carácter esencialmente solemne a esta tarde memorable. Me proporciona especial felicidad ver ante mí a Bernard Shaw y a H. G.

Wells, hacia cuya manera de comprender la vida me siento atraído en particular.

Fue usted, señor Shaw, quien ha llevado a cabo el milagro de conquistar el amor y la sincera admiración de los hombres, por un camino que para otros se habría convertido en un martirio. Usted no sólo ha predicado moral a los hombres, sino que ha escarnecido aquello que para muchos era intangible e inviolable. Lo que usted ha hecho, sólo puede realizarlo quien ha nacido artista. Usted extrajo de su cajita mágica innumerables imágenes con apariencia humana, pero que no son de carne y hueso, sino que se componen de espíritu, talento y humor. Y sin embargo, ellas se asemejan a los hombres, en cierto modo, mucho más que nosotros mismos; y resulta que uno casi olvida que no son creaciones de la naturaleza, sino que su paternidad pertenece a Bernard Shaw.

Hace usted mover a esas graciosas creaciones en al ámbito de un pequeño mundo, frente a cuya puerta montan guardia las Gracias, sin dejar entrar a los resentimientos. El que ha penetrado ese pequeño mundo con la mirada, ve el de nuestra realidad bajo una nueva luz; observa las figuras creadas por usted deslizarse al interior de los hombres de la realidad, de modo que éstos cobran de repente un aspecto muy distinto al que poseían anteriormente. Y así, mientras usted mantiene de esta manera el espejo ante nosotros, obra al mismo tiempo como emancipador y libertador, de un modo que ningún otro contemporáneo hubiera podido hacerlo, y de igual manera libera nuestra existencia de la fuerza mezquina de la tierra que gravita sobre nosotros.

Es precisamente por esta razón que todos le estamos tan reconocidos, a la vez que sentimos gratitud hacia el destino que, en medio de tantas graves enfermedades, nos ha enviado el médico de almas y el bienhechor. Yo, personalmente, le agradezco también las inolvidables palabras que dirigió a mi homónimo mitológico[2], que me hace tan pesada la vida, no obstante que, con toda su enorme magnitud, en el fondo es un individuo inofensivo.

---

[2] Einstein alude de este modo a su condición de hombre de ciencia, cuya fama le resulta una pesada carga (N. del E.).

Pero, a todos vosotros, hermanos judíos, os digo que la existencia y el destino de nuestro pueblo dependen de nosotros mismos, más que de factores externos. Así, debemos permanecer fieles a las tradiciones morales que nos permitieron subsistir durante milenios, no obstante las graves tormentas que pasaron por encima de nuestras cabezas. Al servicio de la vida, el sacrificio se convierte en una bendición.

La "Palestina Trabajadora"

Mein Weltbild (Mi visión del mundo), Amsterdam, 1934.

Entre las organizaciones sionistas, la "Palestina Trabajadora" es aquella cuya obra beneficia de manera más inmediata a la parte más valiosa de su población, o, con más exactitud, la que, con la labor de sus manos transforma los desiertos en florecientes moradas y colonias. Esos trabajadores representan una selección del pueblo judío formada a base de buena voluntad; es una especie de élite compuesta de hombres fuertes, conscientes y desinteresados, vale decir, carentes de egoísmo.

No se trata de artesanos incultos que ofrecen el trabajo de sus brazos al mejor postor, sino hombres con instrucción, libres, cultos y activos espiritualmente, cuya lucha pacífica con un suelo abandonado redunda en beneficio de todo el pueblo judío, directa e indirectamente. Hacer, dentro de lo posible, más llevadero su destino, significa salvar valiosísimas vidas humanas; pues, la lucha, el bregar de los primeros pioneros en un suelo que aún no ha sido saneado, es un comienzo duro y peligroso, a la par que un pesado sacrificio personal. Sólo aquel que lo haya visto con sus propios ojos puede juzgar hasta qué punto es cierto todo esto. El que ayuda para mejorar el equipamiento de aquellos hombres, fomenta y propugna la realización de la obra en condiciones de mayor eficacia.

Es también esta clase trabajadora la que se halla en condiciones de crear relaciones normales y francas con el pueblo árabe, que es uno de los problemas más importantes del sionismo. Porque los gobiernos

y administraciones vienen y se van, pero las relaciones humanas son las que dan el tono final en la vida de los pueblos. Por esta razón, el apoyo prestado a la "Palestina Trabajadora" significa al mismo tiempo una política humana y digna en Palestina, un combate eficaz contra las subalternas y mezquinas corrientes nacionalistas, por las que hoy en día sufre el mundo político en general, como, aunque en grado menor, el pequeño mundo político de la obra que se está desarrollando en Palestina.

El resurgimiento judío

Mein Weltbild (Mi visión del mundo), Amsterdam, 1934.

Gustoso accedo a la solicitud de su periódico, para que dirija un llamado a los judíos de Hungría, en beneficio de la institución "Keren Hayesod".

Los enemigos más grandes de la conciencia nacional y de la dignidad judía, son las llamadas "degeneraciones opulentas", esto es, la falta de carácter proveniente de la riqueza y del bienestar; ésta es igual a la especie de dependencia interior del mundo gentilicio, que proviene del abandono de la comunidad judía. Lo mejor en el hombre sólo puede prosperar y seguir desarrollándose cuando actúa dentro de una comunidad. ¡Cuán grande es, entonces, el riesgo al que está expuesto el judío que ha perdido la vinculación con la propia nación, y es al mismo tiempo visto y considerado por el pueblo dominante, como un extraño, un intruso! Con harta frecuencia ha surgido de tal situación un vano e impertinente egoísmo, carente de impulsos altruistas.

Notablemente grande es, en la actualidad, la presión exterior que se ejerce sobre el espíritu del pueblo judío. Pero precisamente este mal nos fue muy beneficioso. Se impuso una renovación en la vida comunal judía, una renovación en la que la generación anterior ni siquiera pudo soñar. Bajo el impulso e influencia del sentimiento de solidaridad

judía recientemente despierto, la colonización palestinense, puesta en marcha por los abnegados y perspicaces dirigentes no obstante las dificultades que parecían invencibles, ha podido llegar a resultados tan concretos, que ya no puedo dudar que este éxito será duradero. El valor de tal obra es muy elevado para los judíos de todo el mundo. Palestina será un sitio de cultura para todos los judíos, refugio y asilo para los más necesitados, campo de acción para los mejores entre nosotros, ideal unificador y medio para la rehabilitación de los judíos de todo el mundo.

El antisemitismo y la juventud académica

Mein Weltbild (Mi visión del mundo), Amsterdam, 1934.

Mientras vivíamos en el ghetto, el hecho de pertenecer al pueblo judío nos acarreaba, por cierto, dificultades materiales, y a veces inclusive peligros físicos, pero no problemas de carácter social o espiritual. Con la llegada de la emancipación, esta situación ha cambiado, y quizá de manera especial para los judíos que se dedicaron a profesiones de carácter intelectual.

El joven judío se halla, en la escuela y en la universidad, bajo la influencia de una sociedad teñida de nacionalismo, admirada y respetada por él, de la que recibe su alimento intelectual, a la que se siente pertenecer y por la cual, al mismo tiempo, es tratado como un individuo de una especie extraña, con cierto desdén y menosprecio. Impulsado más bien por el ámbito sugerente de esta autoridad moral que por consideraciones utilitarias, el joven vuelve la espalda a su pueblo y a sus tradiciones y se considera de manera definitiva como parte integrante de los otros, intentando sin éxito por supuesto ocultar a sí mismo y al prójimo que esta relación no es recíproca. Tal es el origen del pobre judío convertido: el Geheimrat (consejero íntimo) de ayer y de hoy. La mayor parte de las veces no es ni la falta de carácter ni el deseo

ardiente de triunfar, que han hecho de él lo que es, sino, como ya lo he dicho, el poder de sugestión de un contorno superior en número e influencia. Sabe bien que muchos de los hijos, y los mejores del pueblo judío, contribuyeron en gran medida al florecimiento de la civilización europea, pero con algunas excepciones ¿no habrán procedido casi todos como este joven?

Igual que en todos los males espirituales, también aquí la cura reside en el claro reconocimiento de su naturaleza y de sus causas. Debemos ser muy conscientes de nuestra condición de extraños y sacar conclusiones de la misma. No tiene ningún sentido querer convencer a los demás de nuestra condición superior, espiritual y moral, recurriendo a deducciones: pues las causas de las actitudes de la gente que nos es adversa no se originan en el intelecto.

Tenemos que emanciparnos, en grado mucho mayor, socialmente, y debemos dar satisfacción a nuestras necesidades sociales en la misma forma. Es menester que tengamos nuestras propias corporaciones estudiantiles, adoptando frente a los estudiantes no judíos una postura de absoluta corrección, pero de consecuente reserva y circunspección. Para ello, debemos vivir nuestra propia vida sin imitar las costumbres de embriagarse o de sostener duelos con cualquier pretexto, que son tan ajenas a nuestro modo de ser.

Se puede ser ejemplo de cultura europea, buen ciudadano del país natal, y al mismo tiempo un judío fiel, amante de su estirpe y respetuoso de sus antepasados. Si pensamos de esta manera y procedemos consecuentemente, el problema del antisemitismo, mientras sea de naturaleza social, quedará resuelto para nosotros.

Carta dirigida al Ministro de Estado, Profesor Dr. Hellpach

La respuesta de Einstein es de
1929. Se publicó en Mein
Weltbild (Mi visión del mundo),

Amsterdam, 1934.

Muy estimado señor Hellpach:

He leído su artículo sobre el sionismo, como también el Diario de Sesiones de Zürich, y siento una gran necesidad de contestarle, en mi condición de quien se considera un defensor de la idea sionista.

Los judíos representan una comunidad de individuos ligados con lazos de sangre y de tradiciones, en la que la religión no constituye su vínculo único. Esto ya lo prueba la posición de los demás hombres y su conducta recelosa. Cuando llegué a Alemania, hace quince años, acabé por descubrir que era judío, y este descubrimiento me fue proporcionado más por los gentiles, que por los judíos.

La tragedia, de éstos reside en que son hombres de elevada cultura y constante desarrollo, a los que les falta el apoyo de una comunidad que los vincule. El resultado de ello es la ausencia de seguridad en los individuos, que a veces puede elevarse hasta el grado de inestabilidad moral. Reconocí que el restablecimiento de ese pueblo era posible sólo recurriendo a que todos los judíos de la Tierra formaran una comunidad viviente, a la que cada persona aislada podría pertenecer con alegría, haciéndole soportable el odio y el repudio que debe tolerar por doquier, de parte de los demás.

Observaba de qué modo judíos de valía eran ridiculizados con maldad y entonces el corazón me sangraba a su vista. Notaba cómo las escuelas, las revistas cómicas y otros innumerables factores culturales de la mayoría no judía, minaban y socavaban el sentimiento de dignidad y aprecio propio, aun entre los mejores de mis connacionales, y sentía que así no se podía seguir.

Por eso reconocí que sólo una obra común, que fuera de agrado para el corazón de todos los judíos del mundo, podría lograr rehabilitar a ese pueblo. Fue una enorme hazaña de Hertzl el reconocer y señalar con todas sus fuerzas y energías que, dada la formación mental tradicional de los judíos, se podría considerar que la instalación de un hogar o, hablando con más claridad, de un lugar central para ellos en Palestina era una obra digna de concentrar sobre ella todas las fuerzas.

Usted llama a todo esto nacionalismo, y no sin razón. Pero una tendencia común sin la cual no podemos ni vivir ni morir en este mundo hostil, nunca puede ser designada con ese nombre desagradable. En todo caso, es un nacionalismo que no tiene apetencias hacia el poder, sino hacia la dignidad y el valor moral. Si no tuviésemos que vivir entre hombres intolerantes, mezquinos y dados a la violencia, ¡yo sería el primero en abandonar el nacionalismo en beneficio del humanitarismo universal!

La objeción de que si nosotros, los judíos, queremos ser una "nación" no podemos ser ya ciudadanos del estado alemán, por ejemplo, corresponde a un desconocimiento de la naturaleza del estado que extrae su origen de la intolerancia instaurada por la mayoría nacional. De esta intolerancia jamás estaremos protegidos, bien seamos un "pueblo" o una "nación" o no lo seamos.

Para ser breve he expuesto mis ideas de manera asaz escueta y brutal; pero considero a usted, por sus escritos, como una persona que presta atención al sentido y al contenido y no a la forma.

Carta a un árabe

Mein Weltbild (Mi visión del
mundo), Amsterdam, 1934.

Marzo 15 de 1930.

Muy estimado señor:

Su carta me alegró, puesto que ella me prueba que de vuestra parte existe buena voluntad para una satisfactoria y digna solución de las dificultades existentes entre nuestros dos pueblos. Creo que éstas son más de índole y naturaleza psicológica que real, y que, en virtud de ello, podrían ser resueltas y eliminadas, si de los dos lados se contara con la presencia y el aporte de honrada y buena predisposición.

Nuestra situación es ahora tan desfavorable por la razón de que árabes y judíos nos hallamos frente al poder del Mandato, como partes

litigantes. Este estado de las dos naciones es indigno, y puede ser modificado si encontramos un camino hacia proposiciones según las cuales ambos partidos puedan unirse.

Le diré cómo imagino la realización de un cambio en las actuales circunstancias críticas; simultáneamente le agregaré que ésta es sólo mi opinión particular, sobre la que no he hablado con nadie. Le envío la presente carta escrita en alemán, porque no me siento con ánimos para escribirle en inglés, y porque quiero tener, yo solo, la responsabilidad de la misma. Con seguridad, usted podrá encontrar un amigo judío, partidario de la conciliación, que se la traduzca.

Se ha de formar un "Consejo Privado", para el que judíos y árabes enviarán cada uno cuatro representantes que no dependan de ninguna manera de cualquier institución política, y su composición sería la siguiente:

Un médico, elegido por la Asociación de Médicos;

Un jurisconsulto, elegido por la Asociación de Abogados;

Un representante obrero, elegido por las Asociaciones Gremiales;

Un eclesiástico, nombrado por el clero.

Estas ocho personas tendrían que reunirse una vez por semana. Deberían contraer la obligación de no pretender ser representantes de los intereses del grupo al que pertenecen, ni tener en cuenta los de su nación solamente, sino procurar única y exclusivamente, y a su mejor conciencia, la prosperidad y el adelanto de toda la población del país. Las conversaciones serían secretas, sin informar de manera alguna sobre las mismas, ni siquiera en privado.

Cuando fuere tomada una determinación sobre algún asunto, con el asentimiento de tres votantes de cada parte por lo menos, esta decisión podrá darse a publicidad, pero sólo en nombre de todo el Consejo. En el caso de disconformidad, cualquiera podrá dimitir de su cargo en dicho Consejo, pero con la obligación estricta de no revelar nada de las sesiones que se hayan celebrado en su presencia. Y en el caso de que una de las sociedades no estuviere conforme con su representante, podrá reemplazarlo por otro.

Aun cuando ese "Consejo Privado" no tendría prerrogativas determinadas de especie alguna, podría sin embargo hacer que las diferencias fueran allanadas gradualmente y que, frente al poder del Mandato, surgiera una expresión más firme de los intereses del país, que está por encima de la política cotidiana.

Cristianismo y Judaísmo

Mein Weltbild (Mi visión del mundo), Amsterdam, 1934.

Si al judaísmo de los profetas y al cristianismo, en la forma que lo predicara Jesucristo, se les quitaran todos los agregados posteriores, hechos en especial por los sacerdotes, quedaría en pie una doctrina que estaría en condiciones de curar a la humanidad de todos los males sociales.

A los hombres de sano criterio cabe la obligación y el deber ineludible e irrenunciable de intentar, cada uno en su círculo, de mantener vívida en lo posible tal doctrina de puro humanitarismo. Si en el seno de una comunidad se hiciera esta tarea con honradez, sin dejarse confundir o desviar por la propaganda contemporánea, tal comunidad podría considerarse como la más dichosa.

Alemanes y judíos
(Un prólogo)

Las páginas que vienen a continuación se hallan dedicadas a dignificar la obra de los judíos alemanes. Piénsese que se trata de una población que sólo corresponde, numéricamente, a los habitantes, de una ciudad de tamaño mediano; de una comunidad que se abrió camino y se impuso a una población alemana cien veces superior, no obstarte las condiciones de desventaja en que se hallaba, y a pesar de los prejuicios que la rodeaban: lo logró mediante la supremacía de las antiguas

tradiciones culturales. Por más que se opongan todos a ese pequeño pueblo, no podrá rehusarle el respeto nadie que haya conservado una parte de su sano juicio en medio de estos tiempos de confusión general.

Precisamente en esta era de persecución, a la que están expuestos los judíos alemanes, hay que decir en voz alta que el mundo occidental ha de agradecer al pueblo judío, por una parte su religión y, con ella, el más valioso, el más preciado ideal moral; y por otra, en efecto, el renacimiento del mundo espiritual helénico.

Tampoco hay que olvidar que la flexibilidad de la lengua alemana debe sus finezas a una traducción de la Biblia, es decir, a una versión del hebreo. La idea, el recuerdo de lo que han hecho y conquistado para la humanidad los judíos ale-manes, aun en los tiempos modernos, debería darles el mejor de los consuelos en el momento actual; y ninguna opresión, por brutal que fuera, ninguna calumnia, por más refinada y astutamente urdida, engañará a los que no son ciegos, acerca de los valores espirituales y morales involucrados en ese pueblo.

¿Por qué se odia a los judíos?

Publicado en Nueva York en
noviembre de 1938. A esta nota
pertenecen los parágrafos que
siguen hasta "Como la opresión
resulta un estímulo" inclusive.

Yo quisiera comenzar por contarles una antigua fábula introduciendo en ella algunos pequeños cambios, una fábula que servirá para destacar vigorosamente los resortes principales del antisemitismo político.

El joven pastor dice a su caballo: "Tú eres la bestia más noble que pisa la tierra. Mereces vivir en una felicidad apacible, y tu felicidad sería completa en efecto si no existiera el pérfido ciervo. Desde su juventud se ha ejercitado en superarte mediante la rapidez de sus pies.

Su paso más rápido le permite alcanzar las fuentes de agua antes que tú. Él y su tribu beben el agua de todas partes, mientras que tú y tus potrillos sufren sed. Quédate en casa. Mi sabiduría y mis enseñanzas te librarán a ti y a tu especie de tan triste e ignominioso estado".

Enceguecido por la envidia y el odio al ciervo, el caballo aceptó el trato. Se entregó al freno del joven pastor, perdió su libertad y se convirtió en esclavo de este último.

El caballo en esta fábula representa a un pueblo, y el joven pastor a una clase o pandilla que aspira a gobernarlo de manera absoluta; el ciervo personifica a los judíos.

Les oigo decir: "¡Una historia del todo absurda! Ninguna criatura sería tan estúpida como el caballo de su fábula". Pero reflexionemos en esto un poco más. El caballo ha sufrido el tormento de la sed y su vanidad ha sido a menudo zaherida cuando veía al ágil ciervo correr más rápido que él. Ustedes, que no han experimentado esa afrenta, encontrarán difícil comprender que el odio y la ceguera hayan impulsado al caballo a actuar con tan imprudente e ingenua precipitación. Sin embargo, el caballo es fácil víctima de la tentación porque sus tribulaciones de otro tiempo lo han preparado para este error. Sin duda hay mucho de verdad en el adagio según el cual resulta cómodo dar a los otros consejos justos y sabios, si bien ya no es lo mismo comportarse correcta y sabiamente. Lo afirmo con absoluta convicción: todos hemos desempeñado muchas veces el papel trágico del caballo, y estamos siempre frente al peligro de ceder de nuevo a la tentación.

La situación descrita en esta fábula se ha producido en incontables ocasiones a través de la vida de los individuos y de las naciones. En resumen, podríamos llamarlo el proceso por el cual la aversión y el odio de una persona dada o de un grupo se desvía hacia otro individuo o grupo incapaz de defenderse con eficacia. ¿Mas, por qué el papel del ciervo les ha caído en suerte tan frecuentemente a los judíos? ¿Por qué los judíos se han atraído casi siempre el odio de las masas? En primer término, debido a que hay judíos dentro de la mayoría de las naciones y no son tantos en número para defenderse contra los ataques violentos.

Algunos ejemplos del pasado reciente nos proporcionan la prueba de lo dicho: hacia el fin del siglo XIX el pueblo ruso se hallaba irritado contra la tiranía de su gobierno. Crasos desaciertos cometidos en la política extranjera exacerbaron además su estado de ánimo al extremo de quebrarse el equilibrio. En esta emergencia los dirigentes de Rusia, para evitar desórdenes, intentaron citar a las masas al odio y la violencia contra los judíos. Esta táctica se repitió después que el gobierno ruso ahogó en sangre la peligrosa revolución de 1905, y la maniobra podría muy bien haber ayudado al régimen aborrecido a mantenerse en el poder hasta el fin de la guerra mundial.

Cuando los alemanes perdieron la guerra tramada por su clase gobernante, en seguida se tejieron intrigas para culpar a los judíos, primero por haberla provocado, después como causantes de la derrota. Estas maquinaciones lograron éxito en el decurso del tiempo. El odio engendrado contra los judíos no sólo protegía a las clases privilegiadas, sino que permitió a una pequeña minoría insolente y sin escrúpulos reducir al pueblo alemán a un estado de completa servidumbre.

Los crímenes de que se ha acusado a los judíos en el devenir de la historia -crímenes que debían justificar las atrocidades cometidas contra ellos- han variado en rápida sucesión. Se pretendía que envenenaban las fuentes. Se decía que mataban a los niños con propósitos rituales. Han sido falsamente inculpados de realizar un esfuerzo sistemático para obtener el dominio económico y explotar a toda la humanidad. Se han escrito libros seudo científicos a fin de estigmatizarlos como una raza dañina e inferior. Pasan por provocadores de guerras y revoluciones en su propio interés egoísta. Se los ha presentado a la vez como innovadores peligrosos y enemigos del verdadero progreso. También se les reprocha el intento de distorsionar la cultura de los pueblos, según se manifiesta en la vida nacional, con el pretexto de apropiársela. Al mismo tiempo se les moteja de obstinados e inflexibles, al punto que les resultaría imposible adaptarse a la convivencia de cualquier tipo de sociedad.

Las imputaciones formuladas contra ellos casi superan la imaginación; sus instigadores sabían que esos cargos eran falsos, creados

con malicia, si bien en muchas oportunidades han influido sobre las masas. En momentos de turbulencia e inquietud las multitudes son impulsadas al odio y la crueldad, mientras que en épocas de tranquilidad pública esos rasgos negativos de la naturaleza humana se muestran esporádicamente.

Hasta aquí sólo he hablado de violencia y opresión contra los judíos y no del antisemitismo como un fenómeno psicológico y social, el cual persiste aun en épocas y circunstancias en que no se prepara ninguna acción particular que afecte a los judíos. Así pues, es posible referirse al antisemitismo latente. ¿Cuál es su origen? Creo que en cierto sentido se lo puede considerar realmente como una manifestación normal dentro de la vida de un pueblo.

Los miembros de un grupo cualquiera existente en un país se hallan más estrechamente ligados entre sí que al resto de la ciudadanía. De ahí que una nación jamás se verá libre de fricciones en tanto tales grupos aparezcan en la actividad pública. Según mi opinión, la uniformidad dentro de una nación no es deseable aunque lograra obtenerse. Las convicciones y los objetivos comunes, los intereses afines producirán en toda sociedad grupos diferenciados que en cierto aspecto han de actuar como unidades. Habrá siempre desacuerdos entre tales grupos, es decir, el mismo tipo de resistencia y rivalidad que se suscita entre los individuos.

La necesidad de esas agrupaciones es quizá la que se comprueba con más facilidad en el dominio de la política, en la formación de los partidos políticos. Sin partidos los intereses políticos de los ciudadanos están condenados a languidecer. Se carecería de la tribuna para el libre intercambio de las ideas. El hombre se encontraría aislado y no podría afirmar sus puntos de vista. Además, las opiniones políticas maduran y se desarrollan a través del estímulo recíproco y la crítica que formulan los hombres que poseen disposiciones análogas y persiguen el mismo fin; y la política no difiere de los restantes ámbitos de nuestra existencia cultural. Se reconoce así, por ejemplo, que en las épocas de gran fervor religioso pueden surgir distintas sectas, cuyas rivalidades impulsan la vida religiosa en general. Se sabe bien, por otra parte, que la

centralización -esto es, el aniquilamiento de los grupos independientes- conduce al exclusivismo y a la esterilidad en la ciencia y en el arte, puesto que tal centralización controla, y hasta suprime toda oposición de ideas y las tendencias de la investigación.

¿Qué es en verdad un judío?

La formación de grupos tiene un efecto fortaleciente en todas las esferas del esfuerzo humano, debido sin duda muy a menudo a la lucha entre las convicciones y los fines que representan los distintos sectores. Los judíos integran también reales agrupaciones con un carácter definido que les es propio, y el antisemitismo no es más que una actitud antagónica producida entre los no judíos por el grupo judío. Es ésta una reacción social normal. Sin el error político que es su consecuencia nunca habría sido designado con un nombre especial.

¿Cuáles son las características del pueblo judío? En primer lugar, ¿qué es un judío? No existe una respuesta categórica a esta pregunta. La más clara sería la siguiente: un judío es una persona que profesa la religión judía. El carácter superficial de esta respuesta se reconoce en seguida mediante una simple comparación. Planteemos la pregunta: ¿qué es un caracol? Una respuesta semejante a la dada más arriba sería ésta: Un caracol es un animal que habita una pequeña concha. Tal respuesta no es del todo incorrecta ni tampoco exhaustiva, pues la pequeña concha no es más que uno de los productos materiales del caracol. De igual modo la religión judía sólo es una de las creaciones características de esta comunidad. Se sabe, además, que un caracol puede arrojar su caparazón sin dejar por eso de ser caracol. El judío que abandona su religión (en el sentido formal del término) se halla en una posición análoga. Sigue siendo judío.

Las dificultades de este género aparecen siempre que se trata de explicar el carácter esencial de un grupo.

El vínculo que ha unido a los judíos durante miles de años y que los une hoy es sobre todo el ideal democrático de justicia social, ligado

a la concepción de ayuda mutua y de tolerancia entre los hombres. Hasta los escritos religiosos más antiguos de los judíos están impregnados de estos ideales sociales, que han gravitado fuertemente sobre el cristianismo y el islamismo y han ejercido una influencia provechosa sobre la estructura social de gran parte de la humanidad. La introducción de un día de reposo semanal debe recordarse aquí como un profundo beneficio para todos los hombres. Personalidades tales como Moisés, Spinoza y Carlos Marx, por diferentes que sean, han vivido y se han sacrificado por el ideal de justicia social y la tradición de sus antecesores, es la que los ha condicionado sobre este riesgoso camino. Las realizaciones únicas de los judíos en el terreno de la filantropía nacen de la misma fuente.

El segundo rasgo característico de la tradición judía es la alta estima con que se considera toda forma de aspiración intelectual y el esfuerzo del espíritu. Estoy convencido de que este gran respeto por la tarea del intelecto es la razón decisiva de las contribuciones, por parte de los judíos, al progreso del conocimiento en el sentido más amplio del término. Si se tiene en cuenta su número reducido en cantidad y los enormes obstáculos exteriores colocados siempre en su camino en todos los aspectos, la extensión de esas contribuciones merece la admiración de los hombres sinceros. Me parece que esto no se debe a una riqueza de talento especial, sino al hecho de que el valor de que goza el trabajo intelectual entre los judíos crea una atmósfera favorable en particular al desarrollo de los talentos que puedan existir. Al mismo tiempo, un fuerte espíritu crítico impide la obediencia ciega a cualquier autoridad moral.

Me he limitado aquí a esos dos rasgos tradicionales que considero los decisivos. Estos modelos e ideales hallan su expresión tanto en las cosas insignificantes como en las grandes. Se transmiten de padres a hijos; animan la conversación y los juicios entre amigos, llenan los escritos religiosos y otorgan a la vida en comunidad del grupo su impronta inconfundible. En esos ideales distintivos advierto la esencia de la naturaleza judía. Que tales ideales resulten imperfectamente realizados en el grupo -en su vida rutinaria concreta- es algo natural. Sin

embargo, si se quiere dar una ligera expresión del carácter del grupo, debe siempre formularse por vía del ideal.

Cómo la opresión resulta un estímulo

En lo que precede he concebido al judaísmo como una comunidad de tradiciones. Pero, amigos y enemigos, por otra parte, han afirmado de continuo que los judíos representan una raza cuya conducta característica es el resultado de cualidades innatas trasmitidas por herencia de una generación a otra. Esta opinión gana peso porque de manera predominante los judíos se han casado durante miles de años dentro de su propio grupo. Este hábito podría, en efecto, conservar una raza homogénea, si ésta hubiera existido desde su origen; no puede producir una uniformidad de raza si ha habido mezcla en el comienzo. Los judíos no obstante son sin duda alguna una raza mezclada, exactamente como todos los otros grupos de nuestra civilización. Los antropólogos honestos están de acuerdo sobre este punto; las afirmaciones contrarias pertenecen todas a la propaganda política y han de ser juzgadas en consecuencia.

Quizá más que a través de su propia tradición el núcleo judío se ha beneficiado con la opresión y el antagonismo que de manera constante ha encontrado siempre en el mundo. Esta es, por supuesto, una de las razones principales de su permanencia en el decurso de miles de años.

El grupo judío que acabamos de caracterizar en breves líneas abarca alrededor de dieciséis millones de individuos, menos del uno por ciento de la humanidad, o cerca de la mitad de la población actual de Polonia. Su importancia como factor político es reducida. Estos seres humanos se encuentran dispersos sobre casi toda la tierra y no están de ningún modo organizados como un todo, lo que significa que son incapaces de una acción conjunta de cualquier clase. (Esta nota fue escrita mucho antes de la organización del Estado de Israel).

Si alguien se empeñara en trazar un cuadro de los judíos apoyándose sólo sobre las palabras de sus enemigos, llegaría a la conclusión de que representan un poder mundial. A primera vista esto parece por completo absurdo, y sin embargo, en mi opinión, se oculta aquí cierto sentido. A los judíos como grupo puede faltarles poder, pero la suma de realizaciones de sus miembros individuales es en todas partes considerable y eficaz, aun cuando esas realizaciones se efectúan frente a graves dificultades. Lar fuerzas que dormitan en el hombre se movilizan y el mismo individuo se ve estimulado a desplegar un esfuerzo de abnegación impulsado por el espíritu que vive en el grupo.

De ahí nace el odio hacia los judíos de parte de quienes tienen razones para evitar que el pueblo se ilustre. Más que a nada en el mundo éstos temen la influencia de los hombres de independencia intelectual. En esto advierto la causa esencial del odio salvaje a los judíos que se extiende con furia en Alemania. Para la camarilla nazi los judíos no son sólo un medio que desvía el resentimiento que el pueblo experimenta contra sus opresores; ven también en los judíos un elemento inadaptable que no puede ser llevado a aceptar un dogma sin crítica, y que en consecuencia amenaza su autoridad -por el tiempo que tal dogma exista- con motivo de su empeño en esclarecer a las masas.

La prueba de que este problema toca el fondo de la cuestión la proporciona la solemne ceremonia de la quema de libros, ofrecida como espectáculo por el régimen nazi poco tiempo después de adueñarse del poder. Ese acto, absurdo desde el punto de vista político, sólo se comprende como explosión emocional espontánea. Me parece, por esta razón, más revelador que muchos otros actos de mayor alcance e importancia práctica.

En el dominio de la política y dé la ciencia moral se ha manifestado una justa desconfianza respecto a las generalizaciones, empujadas demasiado lejos. Cuando el pensamiento se halla en exceso sometido a tales generalizaciones, las interpretaciones erróneas de las consecuencias específicas de causa y efecto se producen con facilidad, lo que resulta injusto para la multiplicidad real de los acontecimientos. Por otra parte, abandonar la generalización significa renunciar completa-

mente a comprender. Así, pues, creo que se puede y se debe arriesgar el uso de la generalización, siempre que se tenga conciencia de su incertidumbre. Dentro de este espíritu deseo presentar, con toda modestia, mi concepción del antisemitismo, considerado desde el punto de vista general.

Observo que la vida política posee dos tendencias opuestas en acción, enfrentadas una a la otra en constante lucha. La primera, optimista, procede de la creencia según la cual el libre desarrollo de todas las fuerzas productivas de los individuos y los grupos conduce en suma a un estado satisfactorio de la sociedad. Reconoce la exigencia de un poder central, colocado más allá de los hombres y los sectores, pero concede a ese poder sólo funciones administrativas y reguladoras. La segunda tendencia, pesimista, supone que el libre juego entre los individuos y los grupos lleva a la destrucción de la sociedad; busca entonces basar la sociedad exclusivamente sobre la autoridad, la obediencia ciega y la constricción. Esta tendencia es, de hecho, pesimista nada más que hasta cierto punto, puesto que es optimista respecto a quienes son y desean ser los amos del poder y de la autoridad. Los adherentes a esta segunda tendencia son los enemigos de los grupos libres y de la educación para el pensamiento autónomo. Representan, además, a los mensajeros del antisemitismo político.

Aquí, en América del Norte, todos se inclinan, de palabra, a la primera tendencia, la optimista. No obstante, el segundo grupo está fuertemente representado. Aparece en escena por todas partes, si bien oculta por lo general su verdadera naturaleza. Su objetivo es el dominio político y espiritual de una minoría sobre el pueblo, mediante el control de los medios de producción. Los autores de estas intentonas han tratado ya de emplear el arma del antisemitismo así como la hostilidad hacia otros sectores distintos. Han de repetir su propósito en lo futuro. Hasta ahora todos los designios de este tipo han fracasado, a causa del saludable instinto político del pueblo.

Y así ha de suceder en lo porvenir, si permanecemos adheridos a la norma: cuidarse de los aduladores, sobre todo cuando comienzan por predicar el odio.

La dispersión del judaísmo europeo

Discurso pronunciado en Nueva
York en marzo de 1939.

La historia de las persecuciones que el pueblo judío ha sufrido es inconcebiblemente larga. Pero la guerra que se nos impone hoy en Europa central cae en una categoría específica. En el pasado éramos perseguidos a pesar de que formábamos el pueblo de la Biblia; hoy sin embargo somos perseguidos justo porque constituimos el pueblo del Libro. El fin es exterminarnos no sólo a nosotros mismos sino destruir, junto con nosotros, el espíritu expresado en la Biblia y el cristianismo que hicieron posible el surgimiento de la civilización en Europa central y septentrional. Si ese designio se realiza Europa se convertirá en un desolado desierto, puesto que la vida de los hombres en comunidad no puede durar largo tiempo sobre la base de la fuerza bruta, la barbarie, el terror y el odio.

Sólo la comprensión de nuestros vecinos, la justicia en nuestras relaciones y la buena voluntad de ayudar a nuestros semejantes pueden ofrecer estabilidad a la sociedad humana y garantizar la seguridad del individuo. Ni la inteligencia, ni las invenciones ni las instituciones son capaces en absoluto de reemplazar a esos partidos ya mencionados, vitales para la educación.

Muchas de las comunidades judías han sido extirpadas antes de que estallara la tormenta actual en Europa. Centenas de miles de hombres, mujeres y niños han sido arrojados de sus hogares y obligados a vagar con desesperanza sobre los dilatados caminos del mundo. La tragedia presente del pueblo judío refleja un desafío a la estructura fundamental de la civilización moderna.

Uno de los aspectos más dramáticos de la opresión de los judíos y otros grupos lo constituye la formación de una clase especial de refugiados. Muchos hombres distinguidos en la ciencia, el arte y la literatura fueron expulsados del país al que enriquecieron con sus talentos. En

un período de depresión económica esos exiliados llevan consigo las posibilidades de reanimar el esfuerzo material y cultural; no pocos de tales refugiados son técnicos muy hábiles en la industria y la ciencia. Pueden proporcionar una contribución valiosa al progreso del mundo. Están en condiciones de recompensar la hospitalidad provocando un nuevo desarrollo económico, pues ofrecen ocasión de ocupar a la población local. Se me ha asegurado que en Inglaterra la admisión de refugiados judíos ha proporcionado trabajo a quince mil hombres sin empleo.

Como uno de los ex ciudadanos de Alemania, que se considera dichoso por haber abandonado ese país, sé que puedo hablar en nombre de mis compañeros de exilo, aquí como en otras naciones, al expresar mi reconocimiento a las democracias del mundo debido a la magnífica hospitalidad con que nos han acogido. Todos nosotros tenemos una deuda de gratitud hacia nuestras nuevas residencias, y cada uno realiza cuanto le es posible para demostrarlo por la calidad de sus contribuciones a la obra económica, social y cultural de los países en que nos hemos radicado.

No obstante, un motivo de las más graves preocupaciones es el aumento constante de refugiados. Los acontecimientos de la semana pasada agregaron varios centenares de miles de refugiados virtuales desde Checoslovaquia. Otra vez nos hallamos frente a una gran tragedia: la de una comunidad que tiene una noble tradición de democracia y servicio social.

El poder de resistencia que ha capacitado al pueblo judío para sobrevivir durante miles de años es el resultado directo de la adhesión a las doctrinas bíblicas de la fraternidad de los hombres. En estos años de aflicción nuestro celo por ayudarnos fue sometido a una prueba muy severa. Cada uno de nosotros debe personalmente enfrentar esta experiencia para sufrirla como lo han hecho antes nuestros padres. No tenemos otros medios para defendernos que nuestra solidaridad y nuestro conocimiento de que la causa por la cual sufrimos es importante y sagrada.

No olvidemos

Si nosotros, como judíos, podemos aprender algo de esta triste época, desde el punto de vista político, es que el destino nos ha ligado con íntima fuerza, hecho que en los momentos de bonanza olvidamos a menudo fácil y alegremente. Estamos habituados a atribuir excesiva importancia a las diferencias que separan a los judíos de los diversos países y de distintas concepciones religiosas. Y olvidamos por lo general que es un problema que concierne a cada uno, cuando en algún lugar el judío es odiado y tratado de manera injusta; o cuando los políticos de conciencia sinuosa ponen en movimiento contra nosotros los viejos prejuicios, religiosos en su origen, para tramar proyectos en nuestro daño. Esto nos toca muy de cerca porque tales psicosis y perturbaciones psíquicas en el alma del pueblo no se impiden por la presencia de los océanos y las fronteras nacionales, sino que actúan ciertamente como las crisis económicas y las epidemias.

Prefacio inédito a un libro negro

Este libro es un compendio de información documental sobre la tarea sistemática de destrucción del pueblo judío por parte del gobierno alemán. La responsabilidad de la verdad de los hechos expuestos ha sido establecida por las organizaciones judías que se unieron para publicar esta obra y presentarla al público.

El fin de este informe es claro. Debe convencer al lector que una organización internacional para salvaguardar la santidad de la vida puede, en efecto, cumplir su propósito si no se limita sólo a proteger a los países contra un ataque militar; por el contrario, extiende también su protección a las minorías nacionales que viven en el interior de los estados individuales. Porque, en resumen, hay que defender al hombre contra el aniquilamiento y el trato inhumano.

Es verdad que el objetivo sólo puede alcanzarse si se arroja por la borda el principio de no intervención, que ha desempeñado un papel tan funesto en estas últimas décadas. Hoy ya no es posible dudar de la imperiosidad de dar este paso de tanta trascendencia. Pues quienes intentan únicamente obtener seguridad contra el ataque armado desde el exterior, deben ahora advertir que los desastres de la guerra son precedidos por determinadas intrigas dentro de los distintos países, y no sólo mediante preparativos militares y acumulación de armamentos.

No podemos hablar, con cierto grado de justificación, de una humanidad civilizada si antes no hemos creado y sostenido condiciones decorosas de vida que hayan sido reconocidas y aceptadas como obligación por todos los hombres y todos los países.

En proporción, los judíos han tenido muchas más pérdidas que ningún otro pueblo afectado por los desastres de los últimos años. Si se quiere alcanzar un acuerdo verdadero y justo en la organización de la paz ha de concederse una consideración especial al pueblo judío. El hecho de que los judíos no pueden, en el sentido político formal, ser aceptados como una nación, puesto que no poseen ni país ni gobierno, no debiera constituir obstáculo alguno: los judíos, por cierto, han sido considerados como un grupo uniforme, como si integraran una nación. Su carácter social de grupo político homogéneo queda demostrado como un hecho por el comportamiento de sus enemigos. Dado que se empeñan por conseguir la estabilización del orden internacional los judíos deberán ser considerados en el nivel de una nación según el sentido correcto del término.

Dentro de esta relación es urgente insistir sobre otro factor. En ciertas partes de Europa la vida judía resultará imposible durante años. A través de algunas décadas de duro trabajo y recursos financieros voluntarios los judíos han fertilizado el suelo de Palestina. Tales sacrificios se realizan porque depositaron confianza en las promesas recibidas y oficialmente sancionadas por los gobiernos interesados después de la última guerra, es decir, que se les concedería un lugar seguro en el antiguo país de Palestina. Para decirlo en forma atenuada el cumplimiento de esas promesas ha sido hesitante y parcial. Ahora que los

judíos -en especial los de Palestina- han proporcionado una contribución espléndida a esta guerra, la promesa debe ser recordada con fuerza. La exigencia debe plantearse antes de que Palestina, en los límites de su capacidad económica, quede libre a la inmigración judía. Si las instituciones supranacionales quieren ganar esta confianza, que ha de constituir el apoyo de su estabilidad, es indispensable entonces por sobre todo que aquellos que al depositar su fe en esos organismos efectuaron los sacrificios más pesados no se vean privados de lo que les corresponde.

El fin de la existencia humana

Nuestra época se muestra orgullosa del progreso que ha conquistado en el desarrollo intelectual del hombre. La investigación y el esfuerzo por llegar a la verdad y al conocimiento son las más elevadas cualidades humanas, si bien a menudo el orgullo lo expresan ruidosamente quienes hacen los menores esfuerzos. Y deberíamos cuidarnos, por cierto, de no convertir al intelecto en nuestro dios; él tiene, sin duda, músculos potentes, pero no personalidad. No puede guiar, sino sólo servir, y no es exigente en la elección de conductores. Esta característica se refleja en las cualidades de sus sacerdotes, los intelectuales. El intelecto tiene una profunda consideración por los métodos y los instrumentos, pero es ciego para los fines y los valores. No sorprende así que esta ceguera fatal se transmita de los viejos a los jóvenes y que desarrolle hoy toda una generación.

Nuestros antepasados judíos, los profetas, y los antiguos sabios chinos comprendían y proclamaban que el factor más importante que da forma a nuestra existencia humana es la posición y fundamento de un fin; este fin es una comunidad de seres humanos libres y felices, que por un constante esfuerzo interior se empeñan en desprenderse de la herencia de los instintos antisociales y destructores. En este intento el intelecto puede resultar la ayuda más poderosa. Los frutos de este trabajó intelectual, junto con el empeño mismo y en cooperación con la

actividad creadora del artista otorgan a la vida su contenido y significado.

Pero hoy las rudas pasiones del hombre reinan en nuestro mundo más desenfrenadas que nunca. Nuestro pueblo judío, en todas partes una pequeña minoría, sin medios para defenderse por la fuerza, está expuesto a los sufrimientos más crueles, aun al aniquilamiento en mayor medida que otros pueblos en el mundo. El odio desencadenado contra nosotros se basa en el hecho de que hemos mantenido el ideal de una sociedad armoniosa y le hemos conferido una expresión en palabra y en acto entre los mejores exponentes de nuestro pueblo.

Nuestra deuda con el sionismo

Discurso pronunciado en Nueva York en abril de 1938.

Raras veces, desde la conquista de Jerusalén por Tito, la comunidad judía ha conocido un período de agresión más dramático que el que reina en nuestros días. En ciertos aspectos desde luego nuestra época es aún más turbulenta, porque las posibilidades de emigración son para el hombre más limitadas hoy que entonces.

Pero sobreviviremos también a este período no obstante la pesadumbre y las duras pérdidas que nos ocasione en vidas humanas. Una comunidad como la nuestra, que lo es sólo en virtud de la tradición, puede ser reforzada únicamente mediante la ayuda desde afuera. Pues ahora cada judío siente que su condición de tal significa que se le obliga a soportar una seria responsabilidad no ya con su propia comunidad sino también frente a la humanidad. Ser judío representa, en primer término, que debe reconocer y seguir en la práctica los principios fundamentales de la humanidad formulados en la Biblia, principios básicos sin los cuales ninguna comunidad de hombres sanos y felices puede existir.

Nos reunimos en estos instantes a causa de nuestra preocupación por el desarrollo de Palestina. En esta hora hay que insistir ante todo en

un aspecto: el judaísmo tiene una gran deuda de gratitud con el sionismo. El movimiento sionista ha reanimado entre los judíos los sentimientos de comunidad. Ha realizado una obra creadora que supera todas las esperanzas que se podrían ambicionar. Esta obra creadora en Palestina, a la cual contribuyeron, plenos de abnegación, los judíos del mundo entero, ha salvado a un gran número de nuestros hermanos de la indigencia más cruel. En particular fue posible dirigir una parte muy considerable de nuestra juventud hacia una vida de trabajo apacible y productivo.

Ahora bien, la enfermedad fatal de nuestro tiempo -el nacionalismo exagerado, sostenido por el odio ciego- condujo a nuestra obra contra un escollo en extremo difícil. Los campos cultivados durante el día deben ser custodiados por la noche con las armas, frente a los fanáticos árabes, conceptuados fuera de la ley. Toda la vida económica experimenta inseguridad. El espíritu de empresa languidece y cierto número de desocupados ha aparecido (modesto si se lo compara con las cifras americanas).

La solidaridad y la confianza con que nuestros hermanos de Palestina enfrentan esas dificultades merecen nuestra admiración. Las contribuciones voluntarias de parte de quienes tienen empleo mantienen a los desocupados. La moral permanece elevada en la seguridad de que la razón y la calma terminarán por afianzarse de nuevo. Todos saben que los motines se fomentan artificialmente por quienes están interesados en crear desórdenes no sólo a nosotros sino en especial a Inglaterra. No es un secreto para nadie que el bandolerismo cesaría si los subsidios extranjeros fuesen eliminados.

Nuestros hermanos de los restantes países no son de ningún modo inferiores a los de Palestina. Ellos tampoco pierden el coraje; al contrario, se mantienen resueltos y firmes detrás de la obra común. No hay por qué insistir en ello.

Además, una opinión personal sobre el problema de la partición. Me gustaría más contemplar un acuerdo razonable con los árabes, sobre la base de la vida compartida y en paz, que la creación de un estado judío. Dejando a un lado las consideraciones prácticas, mi con-

cepción de la naturaleza esencial del judaísmo se opone a la idea de un estado judío con fronteras, ejército y un grado de poder temporal, por modesto que fuera. Estoy espantado al pensar en el daño interno que sufrirá el judaísmo, sobre todo por el desarrollo de un nacionalismo estrecho en el interior de nuestras propias filas, contra el cual hemos estado siempre obligados a luchar enérgicamente, aun sin un estado judío. No somos ya los judíos del período de los Macabeos. Volver a convertirnos en una nación en el sentido político de la palabra equivaldría para nosotros a separarnos de la espiritualización de nuestra comunidad, que debemos al genio de nuestros profetas. Si alguna necesidad externa nos forzara después de todo a sobrellevar esta tarea, hagamos la partición con tacto y paciencia.

Todavía una palabra respecto a la presente actitud psicológica del mundo en general, de la que depende también nuestro destino judío. El antisemitismo ha sido siempre el medio menos costoso empleado por las minorías egoístas para engañar al pueblo. Una tiranía fundada en tal impostura y mantenida por el terror debe inevitablemente perecer a causa del veneno que ella misma engendra. La injusticia acumulada fortalece las fuerzas morales en el hombre y conduce a la liberación y a la purificación de la vida pública. Ojalá pueda nuestra comunidad, por su sufrimiento y su obra, contribuir a desencadenar esas fuerzas liberadoras.

A los héroes de la batalla del ghetto de Varsovia

Publicado en Nueva York
en 1944.

Han combatido y han muerto como miembros de la nación judía, en la lucha contra las bandas organizadas de asesinos alemanes. Esos sacrificios son una ratificación del vínculo entre nosotros, los judíos de todos los países. Nos empeñamos en ser una unidad en el sufrimiento, y en el esfuerzo por realizar una sociedad humana mejor, esa sociedad

que nuestros profetas han ido ante nosotros como un fin, de manera tan clara y tan enérgica.

Los alemanes son responsables como pueblo en su totalidad de esos asesinatos en masa y deben ser castigados como pueblo si hay justicia en el mundo y si la conciencia de responsabilidad colectiva de las naciones no está por desaparecer totalmente de la tierra. Detrás del partido nazi se halla el pueblo alemán que eligió a Hitler, después que éste mostró con claridad en su libro y sus discursos, sus intenciones vergonzosas, sin ninguna posibilidad de malentendidos. Los alemanes son el único pueblo que no ha efectuado ninguna tentativa seria de reaccionar para proteger a los inocentes perseguidos. Cuando están ya vencidos y comienzan a lamentarse de su suerte no debemos dejarnos engañar de nuevo, sino recordar que se han aprovechado sin escrúpulos de la benevolencia de los otros para la preparación de sus últimos y más afrentosos crímenes contra la humanidad.

Ante el monumento a los judíos martirizados en el ghetto de Varsovia

El monumento ante el cual nos reunimos hoy ha sido elevado como símbolo concreto de nuestra aflicción por la pérdida irreparable que sufrió nuestra nación judía martirizada. Debe servir también de recuerdo para nosotros, que hemos sobrevivido, de permanecer fieles a nuestro pueblo y a los principios morales venerados por nuestros padres. Sólo mediante tal fidelidad podemos esperar trascender esta edad de decadencia moral.

Cuanto más cruel es el error que los hombres cometen respecto de un individuo o de un pueblo más profundo es el odio y el desprecio por su víctima. El orgullo y la vanidad en una nación impiden que surja el remordimiento por su crimen. Aquellos que no tuvieron parte en el delito carecen sin embargo de simpatía por los sufrimientos de las víctimas inocentes de la persecución y no muestran ningún sentido de solidaridad humana. A causa de esta complicidad los restos del judaís-

mo europeo languidecen en los campos de concentración y los países poco poblados de la tierra les cierran sus puertas. Hasta nuestro derecho a un hogar nacional en Palestina, tan solemnemente garantido, ha sido traicionado. En esta era de degradación moral, dentro de la cual vivimos, la voz de la justicia no tiene ya poder sobre los hombres.

Reconozcamos claramente los hechos y no olvidemos jamás esto: la cooperación y el acrecentamiento de los vínculos vivientes entre los judíos de todos los países representan nuestra única protección física y moral en la situación presente. Mas para lo porvenir nuestra esperanza reside en que triunfaremos sobre el abatimiento general que amenaza hoy de manera tan profunda la existencia misma de la humanidad. Trabajemos con todas nuestras fuerzas, por débiles que sean, a fin de que los pueblos se liberen de su actual degradación y adquieran una nueva vitalidad y la máxima energía en su lucha en favor del derecho y la justicia y por una sociedad más armoniosa.

La vocación de los judíos

Vivimos en un tiempo en que una exigencia particular parece existir entre los hombres que tienen una convicción filosófica -es decir, son amigos de la sabiduría y la verdad- la cual los impulsa a unirse espontáneamente. Pues si es cierto que nuestra época ha acumulado más conocimientos que ninguna otra en el pasado, el amor a la verdad y la profundidad que dieron alas al Renacimiento se han enfriado y cedieron su lugar a la especulación sobria, la que tiene sus raíces más bien en las esferas materiales de la sociedad que en el ámbito espiritual. Pero grupos como éste se han consagrado sólo a los fines espirituales.[3]

Durante los siglos pasados el judaísmo se hallaba adherido de modo exclusivo a su tradición moral y espiritual. Sus maestros eran sus únicos guías. Pero con la adaptación a un todo social más vasto esta

[3] Alocución pronunciada ante la Academia judía de las Ciencias y las Artes, el 22 de marzo de 1936. (Nota del Traductor).

orientación espiritual retrocedió a segundo plano, si bien aún hoy, el pueblo judío le debe su manifiesto e indestructible vigor. Si queremos conservar esta energía en provecho de la humanidad tenemos que mantener tal orientación espiritual respecto de la vida.

La danza alrededor del becerro de oro no era pura y simplemente un episodio legendario en la historia de nuestros antepasados, un hecho que en su sencillez me parece ser más inocente que esta adhesión total a los fines materiales y egoístas que amenazan al judaísmo en nuestro propio tiempo. En este momento la unión de quienes se sienten vinculados a la herencia espiritual de nuestro pueblo tiene una suprema justificación. Esto es tanto más verdadero para un grupo libre de toda estrechez histórica y nacional. Nosotros, los judíos, debemos ser los portadores y custodios de los valores espirituales y permanecer fieles a esta consigna. Mas tenemos que ser también conscientes que esos valores espirituales son, y siempre han sido, el fin común de toda la humanidad.

Stephen Wise

Entre todos aquellos que han trabajado por la causa de la justicia y el beneficio del pueblo judío, tan atormentado, y que yo he conocido personalmente, sólo un pequeño número ha mostrado en todo tiempo su desinterés; pero no hubo nadie que diera su amor y su energía con una dedicación tan entrañable como Stephen Wise.

Toda su vida combatió por la causa del sionismo, al cual se halla ligado para siempre el recuerdo de su actividad sin pausa. Marchó por el camino escarpado del auténtico profeta desdeñando a porfía los compromisos sórdidos y no dobló la rodilla ante quienes detentan el poder. Al exponer implacablemente las debilidades y las falencias tanto dentro de sus propias filas como en la arena política más vasta del mundo no judío ha brindado grandes y duraderas enseñanzas en todos los lugares por los que pasó. Hay quienes no simpatizan con él, pero nadie le ha negado el reconocimiento y el respeto, pues cada uno sabe que detrás del enorme esfuerzo de este hombre latía sin desfallecer

jamás el deseo apasionado de elevar a la humanidad a un nivel superior y más dichoso.

En la Universidad de Jerusalén

Lo poco que he podido hacer en una larga vida, favorecida por circunstancias exteriores, para profundizar nuestro conocimiento físico; me ha valido tantos elogios que por mucho tiempo me he sentido más abrumado que orgulloso. De ustedes me viene un testimonio de estima que me llena de una pura alegría -alegría respecto a las grandes acciones que nuestro pueblo ha realizado durante el transcurso de algunas generaciones, en condiciones de excepción, sólo por sí mismo, con un coraje extraordinario e inmensos sacrificios. La Universidad, que veinticuatro años atrás no era más que un sueño y una débil esperanza, esta Universidad es ahora algo viviente, un centro de estudios libres, de enseñanza y de trabajo apacible y fraternal. Ahí está sobre el suelo que nuestro pueblo liberó sin medir sacrificios; emerge como el centro espiritual de una sociedad floreciente y plena de animación, cuyas realizaciones han recibido finalmente el reconocimiento universal que ellas merecen.

En este último período de culminación de nuestros sueños sólo existió un hecho que pesa mucho sobre mí: que nos viéramos constreñidos, por el infortunio de nuestra situación, a afirmar nuestros derechos mediante la fuerza de las armas; era el único medio de evitar nuestro aniquilamiento total. Sin embargo, la sabiduría y la moderación que demostraron los jefes del nuevo estado judío me llenan de esperanza de que poco a poco serán establecidas relaciones con el pueblo árabe, basadas sobre la cooperación fecunda, el respeto y la confianza mutuas. Porque éste es el único medio a través del cual los pueblos pueden obtener una verdadera independencia del mundo exterior.

Los judíos de Israel

Alocución radiofónica emitida
en noviembre de 1949 en
Nueva York.

No hay problema de mayor importancia para nosotros, los judíos, que la consolidación de lo que se ha cumplido en Israel con una energía asombrosa y un ardor sin igual frente al sacrificio. Ojalá la alegría y la admiración que nos embargan cuando pensamos en todo lo que ese pequeño grupo de gente capaz y reflexiva ha realizado pueda darnos la fuerza para aceptar la enorme responsabilidad que la situación presente nos impone.

Al estimar esta realización no debemos sin embargo perder de vista la causa a la que hay que servir con tal empresa: socorrer a nuestros hermanos en peligro dispersos en muchos países, reuniéndolos en Israel; la creación de una comunidad que se aproxime tanto como sea posible a los ideales éticos de nuestro pueblo, tal como ellos se han formado en el curso de una larga historia.

Uno de esos ideales es la paz, fundada sobre la comprensión y el dominio de sí mismo, y no sobre la violencia. Por estar penetrados de este ideal a nuestra alegría se mezcla cierto. dejo de tristeza porque nuestras relaciones con los árabes, en la hora actual, se hallan lejos de este desideratum. Quizás habría sido posible alcanzar este ideal si se nos hubiera permitido establecer nuestras relaciones con los vecinos sin ser molestados por terceros, pues tenemos necesidad de paz y nos damos cuenta de que nuestro desarrollo futuro depende de la paz.

No fue tanto por nuestra, culpa o la de nuestros vecinos sino de la potencia encargada del mandato que no hemos logrado una Palestina no dividida, en la cual judíos y árabes habrían vivido como iguales, libres y en paz. Cuando una nación domina a otras, como era el caso del mandato británico en Palestina, casi no puede evitar seguir la sentencia bien conocida: Divide et impera. En lenguaje simple esto significa: Crea la discordia entre la gente que tú gobiernas y así no se unirán para sacudir el yugo que les has impuesto. Y bien, nos hemos desem-

barazado de la sujeción, pero la simiente de la discordia produjo frutos y podría aún ser dañina durante algún tiempo en lo futuro; esperemos que esta situación no se prolongue demasiado.

Los judíos de Palestina no han combatido por la independencia política como tal; han luchado para obtener una libre emigración de los judíos de muchos países, donde la existencia misma se halla en peligro, una emigración libre también para quienes desearan vivir entre los suyos. No es una exageración decir que pelearon a fin de conferir realidad a un sacrificio quizás único en la historia.

Yo no hablo de la pérdida de vidas humanas y propiedades al combatir a un enemigo numéricamente muy superior; no pienso tampoco en el trabajo agotador que es el destino del pionero en un país descuidado y estéril. Pienso sí en el sacrificio extraordinario que una población que vive en tales condiciones debe realizar para recibir en el curso de dieciocho meses una ola de inmigrantes que abarca más de un tercio de la población judía total del país. Para darse cuenta de lo que esto significa no hay más que representarse un esfuerzo comparable de los judíos americanos. Supongamos que no hubiera ley que limitara la inmigración a los Estados Unidos; imaginemos que los judíos de ese país se ofrecieran voluntariamente con el propósito de admitir más de un millón de judíos de otros países en el término de un año y medio, cuidar de ellos e incorporarlos a la economía de esa nación. Sería una labor ciclópea, pero aún muy lejos de la hazaña de nuestros hermanos de Israel. Pues los Estados Unidos son un gran país, fértil, poco poblado, con un nivel de vida superior y una capacidad productiva muy desarrollada, que no puede compararse con la pequeña Palestina judía, cuyos habitantes, aun sin la carga extra de la masa de inmigrantes, llevan una vida dura y frugal, siempre amenazados por los ataques enemigos. Pensemos en las privaciones y en los sacrificios personales que este acto voluntario de amor fraternal comporta para los judíos de Israel.

Los medios económicos de la comunidad judía de Israel no bastan para llevar a buen fin esta enorme empresa. A una centena de miles, sobre las trescientas mil personas que han inmigrado hacia Israel desde

mayo de 1948, no se les puede proporcionar ni alojamiento ni trabajo. Se les ha debido concentrar en campos improvisados en condiciones que para nosotros son una vergüenza.

Es necesario que esta magnífica obra no fracase, puesto que los judíos del país no disponen de los medios que les permitan ayudar con eficiencia y rapidez. Aquí se ofrece la ocasión en particular favorable, según mi opinión, a todos los judíos para manifestar su espíritu caritativo y su solidaridad, ya que las circunstancias los impulsan a intervenir activamente en la realización de esta gran tarea.

La Paz

Mein Weltbild (Mi visión del mundo), Amsterdam, 1934. Este es un punto de vista en el que el sabio ha insistido siempre: sólo una auténtica democracia tiene en sus manos el destino de los pueblos, de modo que únicamente las grandes mayorías pueden llegar a imponer la paz.

Las grandes personalidades de las generaciones precedentes advirtieron que era imprescindible garantizar la paz internacional. Mas los adelantos técnicos de nuestra época han convertido este postulado en cuestión vital para la humanidad civilizada, y es un deber moral participar activamente en la solución del problema de la paz, deber que ningún hombre consciente puede dejar de cumplir.

Hay que tener presente que los poderosos grupos industriales, dedicados a la fabricación de armas, hacen cuanto está a su alcance en todo el mundo para impedir el arreglo pacífico de los diferendos internacionales. En consecuencia, los gobiernos sólo pueden lograr la paz si se hallan seguros del respaldo incondicional de la mayoría de su pueblo. En estos tiempos de gobiernos democráticos el destino de las na-

ciones depende de los pueblos mismos; y esto es algo que nadie debe olvidar.

Hay que ganar la paz

Discurro pronunciado en Nueva
York en diciembre de 1945.

Los físicos se hallan ahora en una situación que no difiere mucho de la de Alfred Nobel. Éste inventó el explosivo más poderoso que la humanidad había conocido hasta su época, es decir, un medio formidable de destrucción. Como compensación, y acaso con el fin de descargar su conciencia, estableció los premios para el estímulo y búsqueda de la paz. En la actualidad, los físicos que participaron en la construcción del arma más tremenda y peligrosa de todos los tiempos, se ven abrumados por un similar sentimiento de responsabilidad, por no hablar de culpa. No hemos de cejar, pues, en prevenir con insistencia sobre este hecho; no podemos ni debemos detenernos en nuestros esfuerzos por conseguir que las naciones del orbe y en particular los gobiernos, adquieran conciencia del desastre irreparable que inevitablemente provocarán si no modifican sus relaciones mutuas y el designio de modelar el futuro. Nosotros ayudamos a construir la nueva arma para impedir que los enemigos de la humanidad lo hicieran antes, puesto que dada la mentalidad de los nazis habrían consumado la destrucción y la esclavitud del resto del mundo. Dejamos esta mortífera arma en manos de los norteamericanos y de los ingleses como representantes de toda la humanidad, defensores de la paz y la libertad. Mas hasta el presente no hemos advertido ninguna garantía de paz ni observado el cumplimiento de las libertades que se prometieron a los pueblos mediante la Carta del Atlántico. Se ha ganado la guerra, pero no la paz. Las grandes potencias, unidas durante la lucha, se han dividido respecto a los acuerdos de paz. Se prometió liberar al mundo del miedo, si bien la verdad es que el miedo no ha hecho más que acrecentarse de manera alarmante desde que finalizó la guerra. Se prometió liberar

al mundo de la necesidad y la miseria, pero enormes sectores de la población mundial padecen hambre mientras otros viven en la abundancia. También se prometió a los pueblos que pasada la guerra habría libertad y justicia. Sin embargo, hemos comprobado y seguimos comprobando, inclusive ahora, el humillante espectáculo de ejércitos libertadores que hacen fuego contra poblaciones que desean su independencia y aspiran a la igualdad social, ejércitos que en esos países apoyan con la fuerza de las armas a los partidos y dirigentes que parecen más inclinados a servir intereses encubiertos. Todavía se anteponen problemas territoriales y rivalidades de poder, que debían considerarse resabios del pasado, a las exigencias esenciales del bienestar común y la justicia. Deseo ser más concreto sobre un caso, que no es sino un síntoma de la situación general: el infortunio de mi propio pueblo, el pueblo judío.

En tanto la violencia nazi se abatió sólo, o en mayor medida, contra los judíos, el resto del mundo contempló las hechos con pasividad, y hasta se formularon tratados y convenios con un gobierno indiscutiblemente criminal, como el del Tercer Reich. Después, cuando Hitler se hallaba a punto de apoderarse de Rumania y Hungría, cuando Maidanek y Oswiecim se encontraban en manos aliadas y tomaron estado público en todo el orbe los métodos de las cámaras de gas, los intentos de rescatar a los judíos rumanos y húngaros resultaron inútiles porque el gobierno británico había clausurado las puertas de Palestina a los emigrantes judíos, y no había ningún país que admitiese a esa gente desamparada. Se la dejó morir como a sus hermanos y hermanas de los países ocupados.

No olvidaremos nunca los heroicos esfuerzos de los pequeños países, las naciones escandinavas, los holandeses, los suizos y tantas personas de las regiones ocupadas de Europa que realizaron todo lo posible para proteger a los judíos. No olvidamos tampoco la actitud humanitaria de la Unión Soviética que fue la única de las grandes potencias que abrió sus puertas a cientos de miles de judíos cuando los ejércitos nazis avanzaban a través de Polonia. Mas después que aconteciera lo relatado sin que nadie lo impidiera, ¿cómo está hoy la situa-

ción? Mientras en Europa se reparten territorios sin el menor respeto por los derechos de los afectados, lo que resta de los judíos europeos, una quinta parte de su población de preguerra, compueba que aún se le sigue negando la entrada a su refugio natural de Palestina y queda expuesta al hambre y al frío y a la persistente hostilidad. Todavía no hay país que quiera o pueda ofrecerles a los judíos un lugar en que logren vivir en paz y seguridad. Y el hecho de que muchos continúen en las degradantes condiciones de los campos de concentración en que los aliados los mantienen, prueba de manera concluyente la situación desesperada y humillante que soportan estos desdichados.

Se impide a los perseguidos entrar en Palestina con la excusa del principio de la democracia, pero en verdad las potencias occidentales que respaldan la prohibición del Libro Blanco, ceden ante las amenazas y la presión externa de cinco estados árabes grandes y escasamente poblados. Resulta en alto grado irónico que el ministro inglés de relaciones exteriores diga a los desvalidos judíos europeos que deben seguir en Europa porque allí se necesita su talento, y por otro lado, les aconseje que no intenten colocarse a la cabeza de ningún movimiento competitivo a fin de no suscitar de nuevo el odio y la persecución. En suma, me temo que ya no puedan evitarlo, pues con sus seis millones de muertos se han visto empujados, contra su voluntad, a encabezar la trágica lista de las víctimas nazis.

No es muy halagadora la imagen del mundo de posguerra. En cuanto se refiere a nosotros, los físicos, no somos políticos y jamás hemos deseado mezclarnos en la política. Sabemos, empero, algo que los políticos ignoran. Y creemos nuestro deber recordarles y explicarles a los responsables que no hay salida posible por la vía fácil, que ya no queda tiempo para andar con rodeos y posponer los cambios indispensables para un futuro indefinido. No hay tiempo para mezquinos regateos. La situación exige un esfuerzo valiente, una transformación radical en nuestra actitud, en la política. Hay que desear que el espíritu que impulsó a Alfred Nobel cuando creó su gran institución, el espíritu de solidaridad y confianza, de generosidad y fraternidad entre los hombres, prevalezca en la mente de quienes dependen las decisiones que

determinarán nuestro destino. De otra manera la civilización quedaría condenada.

APÉNDICES

La visita del profesor Alberto Einstein a la Argentina

Invitado por la Universidad Nacional de Buenos Aires y por la colectividad israelita de esta capital, la República Argentina ha tenido el honor de recibir la visita de uno de los sabios físicos más ilustres de la hora actual: el profesor Alberto Einstein.

El profesor Einstein ha dado conferencias sobre su teoría en los centros científicos más importantes del mundo: Berlín, París, Zurich, Londres, etc., siendo agasajado en todas partes en la forma que merece un hombre de su talla intelectual.

Entre nosotros fue debidamene agasajado: la Universidad y la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales designaron comisiones especiales para su recepción, la de la última institución presidida por su decano ingeniero Eduardo Huergo, los que se trasladaron a Montevideo para esperar al eminente sabio y acompañarlo hasta Buenos Aires.

La recepción oficial tuvo lugar en el salón de actos públicos del Colegio Nacional de la Universidad, asistiendo a ella ministros del Poder Ejecutivo Nacional, delegados de las universidades de Montevideo, Tucumán y Córdoba, el rector de la Universidad y miembros del Consejo Superior y lo más representativo de nuestros círculos universitarios e intelectuales.

El rector de la Universidad doctor Arce pronunció un breve discurso saludando al distinguido visitante, estando a cargo del ingeniero Butty, profesor de la Facultad de Ciencias Exactas, el discurso oficial de presentación. El ingeniero Butty, quien se ha dedicado con estusiasmo al estudio de la teoría de Einstein, habiendo dictado un curso especial sobre la misma, hizo conocer, a grandes rasgos, cuál es la importancia de la obra de Einstein, haciendo notar que sólo un hombre privilegiado como él, podía, en plena juventud, haber llegado a fundar su genial teoría. El doctor Einstein dio una serie de conferencias de las que nos ocupamos más adelante.

Durante su estada y haciendo un paréntesis a sus actividades como conferencista, impuesto por el feriado de Semana Santa, el doctor Einstein se trasladó a Córdoba, haciendo excursiones por las sierras de esta provincia de cuya belleza quedó admirado.

El Consejo directivo de la Facultad de Ciencias Exactas Físicas y Naturales le ofreció una comida en el Tigre, que fue seguida de una excursión por las islas.

La Academia de Ciencias lo recibió expresamente en su seno, y algunos de sus miembros le plantearon cuestiones relacionadas con su teoría, que el sabio con su reconocida gentileza contestó en forma satisfactoria.

De entre los agasajos tributados al profesor Einstein se destaca especialmente, porque en ella reinó una franca alegría, la comida que le fue ofrecida por el Centro Estudiantes de Ingeniería, en la que los que a ella asistimos pudimos apreciar simpáticos rasgos del obsequiado. Durante la fiesta el profesor Einstein escuchó cantos regionales, tristes y vidalitas, acompañados con guitarra del profesor Más y a instancias de los concurrentes Einstein ejecutó en el violín algunas composiciones clásicas, demostrando un gran sentimiento musical y condiciones de perfecto ejecutante.

La visita del doctor Einstein ha sido altamente beneficiosa porque ha despertado el interés entre los estudiosos por profundizar el estudio de su teoría, así como todas las cuestiones de física matemática que a ella se vinculan.

Pero además del sabio, todos los que hemos seguido de cerca su actuación, la opinión es unánime en este sentido, hemos podido apreciar las elevadas condiciones que como hombre posee el doctor Einstein. Sencillo, afable, cariñoso, modesto, casi infantil y de una sólida cultura, el profesor Einstein despierta una honda simpatía en los hombres con quienes trata. Terminadas sus conferencias se prestaba a escuchar todas las observaciones que le hacían los interesados, así como a dar explicaciones sobre cualquiera de sus puntos. Con toda paciencia y sin revelar, ni siquiera fugazmente, la más pequeña contrariedad, lo hemos visto escuchar largos razonamientos y consultas de muchos que

creían que su teoría era panacea universal para resolver todos los problemas naturales o que la habían interpretado torcidamente... Con una sonrisa bondadosa, en la que apenas se notaba un tinte de ironía, el profesor escuchaba y trataba de convencer a sus consultores...

Al dar cuenta de su visita en la forma en que lo hacemos, en nombre de la Sociedad Científica Argentina, nos complacemos en expresar el deseo de que este hombre genial continúe ininterrumpidamente su brillante labor científica que lo ha colocado en la cumbre del pensamiento humano.

Noticias biográficas sobre Einstesn

Alberto Einstein nació el 14 de marzo de 1879, en la ciudad de Ulm, sobre el Danubio. Según las crónicas, no se destacó durante su vida de estudiante, pareciendo, más bien, tener poca afición al estudio. Por descalabros financieros, sus padres debieron emigrar hacia Alta Italia, interrumpiendo Einstein sus estudios. Más tarde, Alberto Einstein se traslada a Zurich donde, con el apoyo de un tío ingeniero y con su esfuerzo privado, se preparó para ser admitido en la Escuela politécnica, entrando en ella como alumno en 1896 y egresando en 1900, a los veintiún años de edad, con el grado de doctor en ciencias físico-matemáticas. Se dedicó en los primeros tiempos a la enseñanza y desde 1903 fue empleado de la oficina de patentes e invenciones de Berna. Como puede verse en la lista de trabajos de Einstein, poco tiempo después de obtener su título, publicó varios trabajos de importancia, ocupándose en los primeros tiempos de investigaciones en los dominios de la termodinámica superior. El trabajo clásico de Einstein sobre la teoría de la relatividad restringida, apareció en el año 1905 y llamó poderosamente la atención de los sabios por su originalidad y audacia genial. Esta teoría se apoyaba en dos postulados fundamentales: el de generalización del principio de la relatividad de Newton y el de la constancia de la velocidad de la luz. Einstein demostró que no existe tiempo general o absoluto y que el tiempo local de Lorentz no era una

ficción matemática y que tenía significación real, siendo el tiempo verdadero para el sistema animado de movimiento rectilíneo y uniforme. Einstein continuó sus investigaciones y, desde 1909 a 1910, ejerció la cátedra de Física teórica en la Universidad de Zurich y al año siguiente en la de Praga. De 1912 a 1914 dictó cursos de Matemática superior en la Escuela politécnica de Zurich. En octubre de 1913 se le otorgó la cátedra de física de la Academia de Ciencias de Berlín. En 1914 el emperador Guillermo le invitó a dirigir la sección de Física del Instituto Kaiser Wilhelm, para el progreso de las ciencias.

En este año publicó, en colaboración con Grossman, su primer trabajo sobre la teoría general de la relatividad en la Revista de Matemática y Física (Zeitschrift für Mathematik und Physik) y en 1916 su célebre trabajo intitulado Los fundamentos de la teoría general de la relatividad (Die Grundlage der allgemeinen Relativitäts theorie), en los Anales de Física.

Desde entonces continuó trabajando intensamente, y en la actualidad, así lo ha anunciado en la última de las conferencias que dio durante su estada en Buenos Aires, trabaja en buscar ecuaciones generales que comprendan a los campos electromagnéticos y gravitatorio. No dudamos, y es nuestro más ferviente deseo, de que el genial físico ha de llegar a resultados satisfactorios.

La fama de Einstein, que ya era grande, acreció notablemente a raíz de la enunciación de la teoría general. Ha sido solicitada su presencia de todas las partes del mundo y ha recorrido, puede decirse triunfalmente, todos los institutos de fama mundial de altos estudios científicos, siendo agasajado y admirado por los estudiosos.

Einstein es un hombre sencillo, bueno y paciente. Durante la guerra firmó el célebre contramanifiesto de los intelectuales alemanes que la condenaban, y este acto, que debe considerarse como de una valentía extraordinaria, le originó persecuciones de los elementos nacionalistas de Alemania y hasta su vida estuvo en peligro. Afortunadamente, en la hora presente se han apaciguado los ánimos y el genial sabio podrá continuar, sin inquietudes, así lo esperamos, su extraordinaria obra científica. Su carácter bondadoso y modesto, así como su espíritu idea-

lista y pacifista, le han creado entre los hombres de ciencia del mundo entero grandes simpatías. Si bien después de la guerra europea los sabios franceses demostraron hostilidad hacia Einstein, especialmente los miembros de la Academia de Ciencias de París, en 1922, el gobierno francés autorizó al Colegio de Francia para que invitara a Einstein a dar conferencias sobre su teoría. Al inaugurar sus clases, Einstein hizo la manifestación de que "se sentía feliz al agradecer al Colegio de Francia una invitación hecha en una época en que la ciencia se encontraba con frecuencia amenazada por la política".

En estas conferencias, Einstein contestó las objeciones que a su teoría hicieron los sabios franceses que le escuchaban. Agregaremos que uno de los más entusiastas sostenedores y admiradores de Einstein, es el eminente profesor de la Escuela politécnica de París, M. Painlevé, actual presidente del Consejo de ministros de Francia.

Actividades del profesor Einstein durante su estada en la República Argentina

El ciclo oficial de conferencias fue dictado por el profesor Einstein en el salón de actos públicos de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Dio, además, una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras, y, aprovechando la estada en Córdoba, dio dos conferencias en la Universidad Nacional de esa ciudad.

Damos a continuación una síntesis de las conferencias dadas en el ciclo oficial.

Primera conferencia (28 de marzo). - Fue presentado por el decano, ingeniero Eduardo Huergo, quien hizo resaltar la importancia que para nuestro ambiente científico tenía la visita de Einstein, agregando que su genial obra había colocado su nombre junto al de los más ilustres sabios que ha producido la humanidad.

El profesor Einstein hizo conocer los trabajos anteriores al establecimiento de su teoría de la relatividad restringida, analizó las hipó-

tesis de Hertz y de Fitz Gerald y los resultados de los experimentos de Fizeau, el fenómeno de la aberración de la luz y el resultado del experimento de Michelson, para concluir estableciendo los principios fundamentales de la teoría restringida.

Segunda conferencia (30 de marzo). - Continuó discutiendo los resultados de la experiencia de Michelson, demostrando la imposibilidad de acusar la existencia de un movimiento rectilíneo y uniforme por experimentos ópticos, y después de profundizar el concepto de los principios fundamentales de la teoría restringida, estudió la noción de tiempo, la de simultaneidad, etc., terminando por establecer en forma rápida y elegante las ecuaciones de transformación de Lorentz, que permiten relacionar las coordenadas que se refieren a dos sistemas animados, uno con respecto al otro, de un movimiento rectilíneo y uniforme.

Tercera conferencia (1° de abril). - Partiendo de las ecuaciones de transformación de Lorentz demostró que la expresión general del cuadrado de la distancia entre dos puntos era una invariante que se llama invariante fundamental.

Comparó este resultado con los de la teoría clásica, la que acepta una doble invariancia: la del espacio y del tiempo. Hizo notar el significado matemático y físico de la invariante fundamental y entró en el estudio del espacio tetradimensional (espacio-tiempo), analizando los estudios efectuados por el célebre físico Minkowski, así como la representación ideada por éste. Estudió el principio de causalidad, la formulación de las leyes físicas e inició el estudio de vectores y tensores.

Cuarta conferencia (3 de abril). - Trató de las consecuencias de su teoría con respecto a la mecánica y al electromagnetismo. Profundizó los conceptos de vector y tensor, estudiando las transformaciones de los mismos, su aplicación al espacio tetradimensional, las operaciones comunes con tensores, e hizo notar la importancia que el cálculo tensorial tenía para la teoría de la relatividad. Pasó luego al estudio de los

fenómenos electromagnéticos, demostrando que las ecuaciones de Maxwell y Lorentz son invariantes en la transformación de Lorentz y cómo se ligan las ecuaciones correspondientes a los campos de los sistemas en reposo y en movimiento en una forma sencilla.

Aplicó después la teoría a la mecánica demostrando que las ecuaciones de Newton en la mecánica clásica no son invariantes en el espacio tetradimensional y cómo la masa depende de la velocidad y de la dirección del movimiento.

Quinta conferencia (15 de abril). - En ésta, trató de los fundamentos de la teoría general, deteniéndose especialmente en la teoría de las superficies de Gauss, dando con claridad el concepto de las coordenadas de Gauss y exponiendo el método empleado por este genial matemático para describir las propiedades geométricas de una superficie mediante coordenadas sin interpretación física inmediata. Estableció la fórmula fundamental para el cálculo de la distancia elemental y la noción de potenciales, haciendo notar la variación de éstos de punto a punto de la superficie. Aplicó las teorías de Gauss al continuo espacio-tiempo de la relatividad y a la determinación de sus propiedades métricas.

Sexta conferencia (17 de abril). - Continuó con los elementos del cálculo tensorial definiendo la covariancia, contravariancia, etc., las operaciones de diferenciación sobre tensores, demostrando la existencia de un tensor fundamental, que permite determinar los potenciales de gravitación y definió el invariante de volumen en el espacio eniclideano. Entró después en el estudio del cálculo tensorial absoluto e hizo una exposición de los estudios sobre el desplazamiento paralelo de los eminentes matemáticos Levi Civita y Ricci, entrando en detalle sobre la diferenciación de tensores y su aplicación a los grupos de ecuaciones de Maxwell.

Séptima conferencia (19 de abril). - Esta conferencia, la más interesante de todas, fue dedicada al estudio de la geometría de Riemann,

definiendo el tensor de Riemann siguiendo los desarrollos de Levi Civita y haciendo notar la importancia de los tensores, que por contracción pueden obtenerse de aquél en la teoría de la gravitación. Entró después en el estudio de las curvas geodésicas, deduciendo la ecuación general de las mismas. Siguió con la generalización del principio de la inercia y con el estudio del campo gravitatorio, estableciendo la expresión general del mismo, que, en la primera aproximación, contiene la ley de la gravitación de Newton.

Habló después sobre las comprobaciones experimentales: el movimiento del perihelio de Mercurio, la derivación de los rayos luminosos al aproximarse a intensos campos gravitatorios y el desplazamiento de las líneas espectrales hacia el rojo.

Anunció Einstein que actualmente trabaja en el sentido de obtener ecuaciones aplicables a los campos gravitatorios y electromagnéticos, pues es poco lógico admitir que en la naturaleza se presenten dos campos distintos. Dio a conocer sintéticamente los trabajos realizados con este fin, especialmente por Weyl y Eddington.

JULIO R. CASTIÑEIRAS
Director de la Academia
de Ciencias Exactas

(Tomado de los Anales de la Academia de Ciencias Exactas, 1925.)

Recepción de Einstein en la Academia el 16 de abril de 1925

La Academia Nacional de Ciencias Exactas en su sesión del 24 de marzo de 1925, se ocupó de la llegada del profesor Einstein, quien venía a Buenos Aires para dar en la Universidad varias conferencias sobre la teoría de la Relatividad[4].

Se resolvió, dada la celebridad de ese eminente hombre de ciencia, designarle, de inmediato, académico honorario, y constituir una comisión formada por el señor presidente de la Academia, doctor Eduardo L. Holmberg, el secretario de la misma, doctor Horacio Damianovich, y el académico ingeniero Nicolás Besio Moreno, para que se encargara de todo lo relativo a la recepción en la Academia. Se dispuso, igualmente, celebrar con ese motivo una sesión científica especial en la que, después de hacer al doctor Einstein la entrega de su diploma, los señores académicos y otras personas de conocida versación en la teoría de la Relatividad, pudieran hacer, al nuevo académico

[4] El 30 de octubre de 1922 fue presentada una moción ante el Consejo Superior Universitario en el sentido de que se hiciesen gestiones con Einstein para que aceptase dictar, en la Universidad de Buenos Aires, una serie de conferencias sobre temas elegidos por él mismo. Aceptado el proyecto sobre tablas, se dictó, el 21 de diciembre de 1923, la siguiente resolución:

Art. 1°. - Autorízase al Rectorado para convenir con las Universidades de Córdoba, la Plata, del Litoral y de Tucumán, una invitación en común al profesor Alberto Einstein para dar una serie de conferencias.

Art. 2°. - El Rectorado podrá comprometer, con ese objeto, los fondos universitarios hasta la suma equivalente en moneda nacional a cuatro mil dólares y el importe de la mitad de los pasajes de ida y vuelta desde un puerto europeo, si no alcanzasen éxito favorable las gestiones necesarias que realizará para obtener que el Gobierno los conceda.

Por su parte, la Asociación hebraica hizo donación de la suma de pesos 4600 moneda nacional, o sea 1500 dólares, para facilitar la venida del sabio. Esa Asociación tenía hechas, por su cuenta, gestiones para dicha venida, pero Einstein había manifestado su aceptación siempre que no fuese a instancias de particulares.

Efectuadas las gestiones, sólo se pudo conseguir su venida para el año 1925.

honorario, consultas relativas o ligadas con aquella teoría, rogando al doctor Einstein tuviese la deferencia de atenderlas.

La recepción tuvo lugar, efectivamente, el 16 de abril de 1925 a las 17 y 30 horas[5]. Al hacer el doctor Holmberg entrega del diploma de académico honorario, hizo presente al profesor Einstein que era el título más elevado que la Acade-mia podía otorgarle. Luego, los académicos Loyarte y Damianovich, así como los señores ingeniero Félix Aguilar, doctores Teófilo Isnardi, José B. Collo y Enrique Loedel Palumbo, que habían sido especialmente invitados, hicieron al profesor Einstein diversas consultas que éste atendió con toda deferencia.

(Tomado de los Anales de la Academia de Ciencias Exactas, 1925).

[5] La invitación pasada al doctor Einstein estaba así redactada: Buenos Aires, marzo 27 de 1925. - Señor profesor doctor Alberto Einstein: Tengo el agrado de comunicarle que la honorable Academia que presido, reconociendo en usted a uno de los más eminentes físicos teóricos de la época actual, que con sus doctrinas e investigaciones ha motivado un adelanto considerable en el campo de las ciencias físico-matemáticas, le ha designado Académico honorario.

Al mismo tiempo me es muy grato invitar a usted a la sesión científica que, en su homenaje, se realizará el día 16 de abril a las 17 y 30 horas, en cuyo acto se le hará entrega del diploma y se escuchará su ilustrada palabra en respuestas a preguntas que, sobre la Teoría de la Relatividad y problemas afines, le formularán algunos miembros de la Academia y otras personas invitadas especialmente.

En nombre de la Academia, y en el mío propio, agradezco desde ya su valioso concurso y lo saludo con la más alta consideración.